

Premio José Aricó

El 22 de agosto se cumplen tres años de la muerte de José Aricó, nuestro inolvidable Pancho. En su memoria el Club de Cultura Socialista y la Editorial Nueva Sociedad convinieron en instituir un premio con su nombre, con el objeto de estimular el estudio y la discusión de los temas históricos y políticos que inquietaron su tarea de intelectual y de socialista. El tema de ese primer concurso fue "El fin de siglo y los nuevos desafíos políticos e intelectuales para el pensamiento de la izquierda en los países latinoamericanos" y el jurado estuvo integrado por Arnaldo Córdova (México), Carlos Franco (Perú), Norbert Lechner (Chile), Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán (Argentina), Alberto Koschutzke, por Nueva Sociedad, y Carlos Altamirano, por el Club de Cultura Socialista.

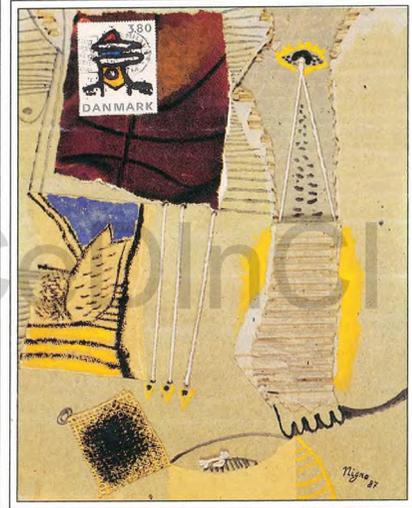
El trabajo que publica *La Ciudad Futura* y que aparecerá también en *Nueva Sociedad*, obtuvo Mención en el concurso y pertenece a Rodrigo Arocena, ensayista y militante uruguayo. Tanto su enfoque cuanto su tratamiento se aúnan con el legado de Pancho y constituyen un vivo testimonio sobre la continuidad de sus preocupaciones a favor de una renovación del pensamiento socialista en Latinoamérica.

La Ciudad Futura

La Ciudad Futura

Documentos/Separata

Esta Separata forma parte de la *La Ciudad Futura* Nº 39, Buenos Aires, Invierno 1994.



El reto de existir

Rodrigo Arocena

A la búsqueda de un punto de partida

El desafío primero que este fin de siglo le plantea a la izquierda es el de su existencia misma. Al presente su decadencia parece innegable. Pero cabe sospechar que ella no es sino una de las primeras entre las muchas víctimas de una gran mutación social. De los im-

pactos de ésta nadie está a salvo. Sus consecuencias pueden llegar a hacer más viables ciertos propósitos fundacionales de la izquierda, para la cual quizá se abran, pues, posibilidades grandes y nuevas.

En esta sección introductoria se intentará articular las frases precedentes en una conjetura que vertebrará el trabajo y justificará otra: la de que

difícilmente América latina pueda resolver los desafíos que esta década le plantea si su izquierda no afronta con éxito el de su propia existencia.

No faltan indicios para sospechar que el ciclo histórico de la izquierda toca a su fin. Durante los años 80 se asistió a la decadencia del "tercermundismo", de los movimientos y los regímenes políticos que, a lo largo y a lo ancho de la periferia, propusieron

alternativas no capitalistas para un desarrollo que disminuyera tanto la brecha del atraso como la dependencia respecto a las naciones capitalistas más avanzadas. Entre 1989 y 1991 se escenificó un impresionante drama histórico, el derrumbe del "socialismo real" en lo que ya no es más el Segundo Mundo. Al Oeste, es notorio el escaso dinamismo de los partidos socialistas y socialdemócratas. En el siempre abigarrado y

Cabe hablar de "transformación social" como vocación definitiva de la izquierda y, consiguientemente, afirmar que ella existe si genera alternativas de transformación que vayan más allá de los cuestionamientos y los rechazos.

nunca bien avenido mundo de las izquierdas casi nadie conoce perspectivas de auge. Y simplemente ya no resulta serio que alguien se pretenda ajeno a la crisis.

La vigencia de la izquierda no puede afirmarse en el área sin riesgos que constituye la descripción de los males del capitalismo. Bien entendido: tales males cubren el planeta. La lógica de la ganancia y de la mercantilización sin cortapisas multiplica la pobreza en amplias áreas de la periferia y también en los crecientes "bolsones" de la misma que el centro encierra. Desilusiona rápidamente a los habitantes del ex Segundo Mundo, extenuados por décadas de opresión y creciente ineficiencia, a quienes las luces del mercado hicieron creer que la prosperidad estaba al alcance de la mano. Y a los "ricos", en términos absolutos o relativos, les ofrece una "calidad de vida" signada por el individualismo, la escasez de perspec-

te y la inseguridad -del empleo, del ambiente y de la vida cotidiana-. Pero las grandes propuestas históricas para sustentar en otras premisas las relaciones sociales, o bien no han visto la luz o languidecen o han desentendido en fracasos, algunos estrepitosos. Lo que está en cuestión es la aptitud para hacer cosas nuevas. Porque tampoco la capacidad para la resistencia asegura por sí la vigencia de la izquierda.

Por supuesto, el rechazo militante a las injusticias -la capacidad para decir "no" y actuar en consecuencia- forma parte fundamental de la esencia misma de la izquierda, de las causas de su aparición en la historia, de los motivos por los cuales la gente adhiere a ella, y también de sus propuestas. Los sustentos de éstas no pueden sino ser opciones éticas, signadas por la resistencia a la opresión, a la desigualdad, al

egofismo y a una vida sin perspectivas. Esa capacidad de rechazo no sólo debería ser permanente sino también crecer con el propio influjo: la incapacidad para lograr ello en tantos países donde la izquierda llegó al gobierno es causa mayor de su precaria situación de hoy.

Es proceso altera permanentemente todas las "reglas de juego" -rutinas, referencias, regularidades-, multiplica los reclamos y diversifica los problemas, a menudo antes incluso de que sean advertidos. Afecta pues ante todo a la capacidad de acción del Estado y por ende a la "productividad" de la política, a sus rendimientos ante los

allá de los cuestionamientos y los rechazos.

El agotamiento de las izquierdas -en medida diversa según su contenido, su ubicación regional y su raigambre social- son las primeras, y acaso las mayores, pero seguramente no las únicas grandes víctimas de una ola destabilizadora y desestructurante, la explosión de la innovación. Esta, polifacética y caleidoscópica, signa nuestra época: sus ritmos y sus alcances no tienen precedentes. No se reduce, por cierto, a la impresionante aceleración del cambio científico, técnico y productivo de las últimas décadas; pero constituye una verdadera mutación que desestabiliza a todas las sociedades y su interacción con otras tendencias profundas de la evolución humana redunda en que todo lo que se creía sólido parece disolverse en el aire.

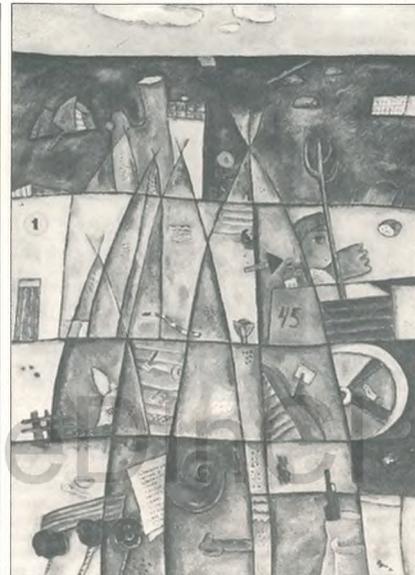
¹ Hace ya años Michel Albert (*Capitalisme contre capitalisme*, Seuil, 1991) destacaba la "hemiplejía" de la vida política e intelectual europea, afectada por la languidez de unos de sus hemisferios. Hoy es evidente que esa enfermedad afecta de una u otra forma a todas las corrientes democráticas europeas.

ojos de la ciudadanía. En especial disminuye notoriamente la capacidad del sector público para manejar la coyuntura económica.

Paralelamente, tal aceleración de los cambios -que por momentos parece una onda de choque- pone en cuestión la vigencia, y aun la supervivencia, de relevantes actores colectivos. Ello se relaciona con la menor gravitación del Estado en la economía, pues un estímulo poderoso para conformar grandes agrupamientos es la probabilidad de incidir ventajosamente en las decisiones gubernamentales. Pero quizás otras causas del fenómeno sean ya más relevantes. En efecto, para que resulte posible y útil agrupar a muchas personas en torno a un accionar común, dotado de alguna continuidad, con metas relativamente explícitas y en principio viables, es necesaria cierta homogeneidad y estabilidad en la situación de los convocados. Pues bien, cuando la tónica de la época la fijó el crecimiento de la heterogeneidad y la inestabilidad, corresponde preguntarse si pueden existir verdaderos actores sociales en medio del cambio permanente. La mutación en curso sienta en el banquillo de los acusados, por el cargo de obsolescencia, al tipo de proyectos, apuestas, actores y formas de acción en los que históricamente ha encarnado la izquierda. Pero no está sola en esa incómoda ubicación.²

A todos involucran los problemas que provoca la innovación y los no

² Una rápida mirada al mundo de 1993 sobra para encontrar abundante confirmación a las palabras que siguen, escritas hace ya algunos años: "El momento de la verdad, diferido durante tanto tiempo, ha llegado, y la verdad es que no puede existir una sociedad buena sin bien, es decir, no puede existir allí donde la política se reduce a economía, los ideales a las ideologías y la ética, al cálculo. Si la política es ética, la fábrica social necesita, sin embargo, un hombre moral [junto al hombre político]. El agotamiento que presenciamos es, por lo tanto, el de los ideales ético-políticos que han alimentado a la civilización occidental y han producido, a continuación, nuestras democracias liberales". (Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, Los Problemas Clásicos, Alianza Editorial, 1988, pág. 398; original publicado en 1987).



menos graves que genera la falta de innovación. Las viejas dominaciones y las nuevas desigualdades, entre naciones y grupos sociales, que se sustentan en el acceso al saber técnico y a su aplicación; la marginación económica y social que genera la carrera productiva, el poder que emana del manejo de la creación científica, la comunicación y la información; la incapacidad para controlar a las instituciones conocidas, sus dificultades para renovarse así mismas, y la verdadera decadencia de la política; los riesgos tecnológicos mayores, más grandes cuanto mayor se hace la capacidad tecnológica. Esas son algunas de las facetas bien conocidas de un mundo al que ciertos desarro-

llos, como el de las comunicaciones, tienden a unificar -en lo que dice relación con las aspiraciones, por ejemplo- el tiempo que se fragmenta, tanto por la diversidad y la cuantía de la innovación en ciertas regiones del planeta, y en ciertas áreas de la vida en sociedad, como por su escasez en otras.

Esa problemática de la innovación torna crecientemente irracional la lógica dominante en la economía contemporánea y, más aun, su imposición a la política y a la cultura. Ubica a las disyuntivas éticas entre las condiciones mayores de la vida en el planeta. Reivindica las motivaciones fundamentales de la izquierda, y del pensamiento socialista en particular, surgido cuan-

do se aceleraba la Revolución Industrial para ofrecer alternativas a los males que generaban tanto el desarrollo como la falta de desarrollo.

Luego la cuestión de la vigencia de la izquierda no involucra sólo a quienes en ella se reconocen, pues tiene que ver con los desafíos comunes a todos los seres humanos de buena voluntad. Más aun, tal cuestión ha de interesar a todos pues es capaz de sostener que la izquierda, sus opciones definitorias y las experiencias de su historia, encierran un abordaje potencialmente fecundo de la problemática contemporánea de la innovación.

En una obra reciente, Alain Touraine recuerda que la politización de las Luces fue representada ante todo por la idea de progreso que identifica una voluntad política con una necesidad histórica.

Los diversos retos que le plantea a la humanidad esta "era de la incertidumbre", en la que nos adentramos a un buen paso, reflejan en alguna medida el divorcio entre solidaridad y eficiencia, que el mundo de hoy pareciera sancionar para siempre. Ello afecta a la médula definitoria de las izquierdas, que en última

fundo trastocamiento de las claves de la eficiencia. Tiene sostenida la conjuntura de que la gran transformación a la que asistimos abre asimismo espacios para la construcción de nuevos tipos de acción solidaria, que no sólo puedan demostrarse menos riesgosos para la vida en el planeta de lo que son ya las modalidades insolidarias prevalencientes, sino que además lleguen a ser capaces de pelear las diversas batallas sociales de la eficiencia.

En lo que sigue intentaremos mostrar que tal conjuntura tiene cierto valor para orientar nuevas búsquedas en las que la vigencia de la izquierda pueda reverdecer.

Fragmentos para armar

Lo nuevo en la economía Domina este fin de siglo la convicción de que el curso real de la economía ha convalidado la victoria del capitalismo sobre el socialismo, del mercan-

do sobre el Estado, de los regímenes basados en el interés privado sobre los de tipo colectivista. A nivel de las ideas, el liberalismo habría derrotado definitivamente al marxismo. Sin embargo, se ajusta mejor a los hechos una caracterización más limitada, a la cual podría denominarse -en aras a la brevedad- como el triunfo de Schumpeter.

El Che decía que la planificación centralizada constituye la esencia del socialismo. Esa tesis, de un marxismo de trazo grueso, encontró sostenido refinado y sólido en la obra de no pocos autores.² En ellas, la irracionalidad del capitalismo fue analizada con rigor y la eficiencia superior del uso centralmente planificado del excedente económico

defendida tanto a partir de "la razón objetiva" como de la experiencia histórica. Entre los 50 y los 70 tuvieron amplio eco las tesis según las cuales la historia y la razón coincidían en afirmar que la propiedad pública de los medios de producción y su uso centralizado constituían la única alternativa de avance real para los países dependientes.

En los 80 ya el mundo apenas si se veía así. Una nueva revolución tecnológica evidenciaba que el capitalismo avanzado conservaba y aun ampliaba sus ventajas en materia de desarrollo de las fuerzas productivas. Los países de industrialización tardía más exitosa ya no eran los del Segundo Mundo, donde por el contrario todas las variantes del modelo hacían agua. Y en el Tercer Mundo se había esfumado la esperanza de quebrar la dependencia mediante el accionar de los regímenes estatizadores, nacionalistas o socialistas. Llegó a ser indiscutible lo que Schumpeter había señalado ya en 1911: la centralidad en la economía contemporánea del fenómeno de la innovación.³

Tal fenómeno debe ser entendido

² "Clasifico como todos los factores que pueden ser causantes de cambios en el mundo económico, he llegado a la conclusión de que, aparte de los factores externos, existe un puramente económico de importancia capital, y al que he dado el nombre de innovación. He tratado de demostrar que el modo en que aparecen las innovaciones y que son absorbidas por el sistema económico es suficiente para explicar las continuas revoluciones económicas que son la característica principal de la historia económica. (...)

Mis teorías pueden ser equivocadas; mis esquemas, con seguridad, no son más que una de tantas posibilidades; pero hay dos cosas de las que estoy seguro: primero, que se debe tratar al capitalismo como un proceso de evolución, y que todos sus problemas fundamentales arrancan del hecho de que es un proceso de evolución; y, segundo, que esta evolución no consiste en los efectos de los factores externos (incluso factores políticos) sobre el proceso capitalista, ni en los efectos de un lento crecimiento del capital, de la población, etc., sino en una especie de mutación económica, me atrevo a usar un término biológico, a la que he dado el nombre de innovación". (Joseph A. Schumpeter, Teoría del desenvolvimiento capitalista, FCE, 1957, pág. 9 y 12 edición original 1911).

en forma amplia, como la capacidad de generar nuevas combinaciones -para producir cosas nuevas o las mismas por nuevos métodos, combinando de manera original recursos ya conocidos o introduciendo otros desconocidos-. En particular, un "invento" nunca es de por sí una innovación en el sentido que aquí nos ocupa; puede llegar a ser parte de una tal, en la medida en que se logre integrarlo a una nueva combinación productiva, lo cual siempre exige bastante más que el trabajo "de laboratorio". Así, aunque la expansión científico-técnica constituya una fuente potencialmente rápidamente creciente de oportunidades para la innovación, ésta no se reduce a aquélla; tiene, en particular, por lo menos tanto que ver con la "demanda" de conocimientos como con su "oferta", con la capacidad de la sociedad para usar la tecnología como con sus aptitudes para generarla.

Se visualiza así un proceso social multifacético, difícilmente predecible y esencialmente discontinuo, cuyos matices se encuentran en ámbitos muy diversos. Su despliegue resulta contradictorio con las relaciones de producción consolidadas y, en general, con las estructuras rígidas, las rutinas establecidas y las ideas bien instaladas. El fenómeno de la innovación se ha elevado al primer plano del escenario, asistiendo en su auge a todos los estatismos -constitutivamente poco flexibles- y dejando malparada la esperanza de que la "razón objetiva" permitiera un eficiente planeamiento global del desarrollo productivo.

Con la economía hemos topado: ¿será ésta la señal del fin del camino para las izquierdas? En un libro fundamental, Alec Nove⁴ ha demostrado acabadamente que la obra de Marx muy poco tenía para aportar a la construcción de una economía socialista, pero que su influjo fue bastante negativo en ese campo para los comunistas. No estaba mejor preparada la socialde-



moocracia, que al llegar a integrar varios gobiernos europeos en la entreguerra evidencié por lo general una orfandad de la que sólo pudo escapar asisténdose a la "revolución keynesiana".⁵ Pero si el Estado comunista del Segundo Mundo no ha sobrevivido a la explosión de la innovación, ésta ha dejado malherido al Estado socialdemócrata del Primer Mundo.⁶

En una primera aproximación, la centralidad de la innovación realza lo individual, lo desigual y lo imprevisible. Por ende, nubla la decadencia de toda pretensión de anticipar el curso de la historia para fundamentar racionalmente los intentos colectivos de transformar la sociedad con inspiración igualitaria. Pero, ¿es la viabilidad con-

temporánea de tales propósitos o la validez de sus antiguos supuestos lo que está en cuestión? Lo nuevo suele tener muchas caras.

Los supuestos clásicos

En su formulación clásica por el marxismo, la propuesta de la izquierda se basaba en tres grandes supuestos entrelazados: la existencia de un sentido de la historia, un significado y una dirección que garantizan el mejoramiento de la sociedad; el poder de la razón para llegar a hacer transparente tanto ese sentido como las leyes de la dinámica social; la capacidad de los seres humanos para alcanzar un nivel de producción suficiente para atender todas las necesidades y garantizar la abundancia. Llamémoslos, para abreviar, los postulados de sentido, transparencia y abundancia.

Los tres supuestos se han esfumado junto con la confianza en el progreso que constituía su cimiento común. Hace poco Regis Debray se preguntaba si no estaremos asistiendo al final de un movimiento que data por lo menos del siglo XVIII, para el cual la política

⁴ Todo esto lo explica con detalle Adam Przeworski en *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

⁵ Así, cuando Nove reconsidera su enfoque de hace una década para preguntarse "¿Tiene futuro el socialismo en Occidente?" (Título de un artículo publicado en *Leviniana* 9, 1992, pág. 45-56), y liga una respuesta positiva a la factibilidad del Estado de bienestar, parecería más bien negativa la constatación sugerida por la dinámica económica contemporánea.

⁶ Alec Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, George Allen & Unwin, Londres, 1983.

es la continuación de la filosofía por otros medios. En una obra reciente, Alain Touraine⁸ recuerda que la politización de la Filosofía de las Luces fue representada ante todo por la idea de progreso que identifica una voluntad política con una necesidad histórica. Esa es la columna vertebral del pensamiento historicista, según el cual los conflictos sociales son ante todo los del porvenir contra el pasado, estando asegurada la victoria del primero por el avance de la razón, los logros económicos y los éxitos de la acción colectiva.

En las antipodas de la futurología, descreyendo tanto de la "necesidad histórica" como del "todo puede pasar", la tarea prospectiva se orienta a precisar cuáles son las restricciones difíciles de esquivar y cuáles los espacios de libertad para la construcción del futuro.

Aquella idea de progreso tuvo su auge mayor durante el siglo XIX, figurando entre sus causas relevantes el optimismo propio de la ciencia de la época. Por entonces, lo que habría de nominar como paradigma newtoniano-atomista, la reducción de la complejidad al accionar de grandes leyes sencillas e inmutables que establecen precisamente el comportamiento de ciertos elementos simples, parecía extensible a todas las disciplinas, garantizando así una pronta completación de una suerte de "suma" de conocimientos e inventos.

Al comenzar el siglo, la física lucía a punto de reducir la estructura básica de la materia a unas pocas "partículas elementales"⁹. Poco después, revolu-

cionarios avances de la propia física cuestionaban sin piedad aquel paradigma que sus propios éxitos habían elevado al pínáculo. Al presente, la visión misma de lo que es hacer ciencia ha cambiado y también se ha modificado la visión del mundo ofrecida por la ciencia.¹⁰ Esta se ha hecho histórica, tiende a considerar como provisorios y parciales a sus propios "productos", deja de lado la pretensión "monista" de reducirlo todo a un orden fundamental de fenómenos, a un tipo único de explicaciones. En suma, puede hacer suya una afirmación central de Laclau y Mouffe: "La pluralidad no es el fenómeno a explicar sino el punto de partida del análisis".

La ciencia, y más específicamente, la ciencia físico-matemática desarrollada en Europa Occidental entre los siglos XVII y XIX, fue vista como la mayor prueba del poder de la razón para hacer transparente la realidad. No es pues de extrañar que el ocaso de aquella visión

extrañar que el ocaso de aquella visión

⁸ "Se impone una descripción plural que ponga en juego puntos de vista y modos de descripción distintos que, en consecuencia, no suscite ya la ilusión de que la física busca el nivel definitivo fundamental de descripción, a partir del cual todo estaría dado". (Ilya Prigogine, *¿Un sólo un mundo? Una exploración del caos al orden*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1988, pág. 90).

⁹ "Desde la Grecia clásica, la ciencia se ha venido orientando al descubrimiento de elementos estables, ya sea el agua, como proponía Tales, ya sean moléculas, átomos o partículas elementales. Pero, como sabemos, uno de los descubrimientos más extraordinarios de nuestro siglo es el hecho de que las partículas elementales suelen ser inestables". En suma, "no cabe duda de que la ancestral idea de la estabilidad de la materia ha encajado un duro golpe. Nos hemos dado cuenta de buscar esquemas generales, globales, a los que pudieran aplicarse definiciones científicas inmutables, y lo único que hemos logrado, entos los campos, ha sido encontrar tiempo, acontecimientos y fenómenos de evolución". (Idem, pág. 157).

de la ciencia -que encerraba, por cierto, un extraordinario potencial teórico y práctico- contribuya a la desconfianza en la razón. Pero la superación de una concepción como presumiblemente ha de serlo cualquier otra, no supone el ocaso de la razón. Lo que los hechos y las ideas de nuestro tiempo nos sugieren abandonan es en realidad la pretensión de totalidad: una razón capaz de hacer transparente el funcionamiento supuestamente predeterminado del mundo, captando en su totalidad la evolución de la humanidad, apuntada ésta hacia la abundancia sin límites, que permitiría eliminar opacidades y contradicciones de la vida en sociedad.

Del historicismo a la prospectiva

Las propuestas de las izquierdas constituyen un aspecto relevante de la poli-facética idea de modernidad, cuyo eje fue la confianza en el triunfo de "la razón", supuesta invariante a lo largo del tiempo según las culturas, pero de hecho entendida en forma poderosamente condicionada por una cierta etapa de la evolución de la ciencia y la técnica. Aquella idea se manifestó con fuerza en algunas corrientes de pensamiento denominadas "historicistas", impregnadas por el concepto de totalidad y caracterizadas por la afirmación de que la historia tiende al triunfo de la modernidad. En sus formulaciones más ambiciosas, las propuestas defendían profecías, anunciadoras del próximo pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad.

¿Puede todavía la razón informar de alguna manera el accionar colectivo para la transformación social? Ello no sabría ya basarse en la pretensión de conocer el sentido de la historia. Desde ángulo semejante, el historicismo está superado. En su lugar, para afrontar el reto de la innovación, cabe explorar las tendencias profundas de la evolución sociocultural, poniendo la "historia razonada"¹⁰ al servicio de la prospectiva,

¹⁰ También Schampeter, uno de los más implacables críticos del Marx profeta, dijo de él: "Fue el primer economista de rango superior que vio y enseñó, sistemáticamente, como la

del esfuerzo de anticipar ciertos rasgos de una gama de futuros posibles -los "futuribles", al decir de Bertrand de Jouvenel- a fin de buscar en ellos espacios donde construir nuevas formas de la solidaridad eficiente.

Semejante enfoque -dicho sea de paso- va más allá de la tensión clásica en el marxismo entre la necesidad histórica y la voluntad política. A la pregunta acerca de cuál de ellas ha de primar, las respuestas polares fueron la confianza en el determinismo de la ortodoxia de la II Internacional y la apuesta al vanguardismo partidario de la III. Ambas, como la interrogante misma, son ya anacrónicas.

La prospectiva ha superado aquella etapa petulante en la cual se actuaba como si la combinación de un modelo matemático con una computadora poderosa pudiera predecir el futuro. Las experiencias más valiosas en la materia tienen que ver con la anticipación de peligros y oportunidades, a partir del encuentro de gente de inserción social diversa, que reflexiona en torno a escenarios alternativos para el porvenir. La prospectiva comienza en la retrospectiva -que no puede ser sino la "historia razonada", desde la cual es factible encontrar lenguajes comunes y complementar visiones propias de actores sociales distintos. Ello a su vez hace posible imaginar cursos de acción viables y deseables, llegando a forjar consensos orientados a implementarlos, de modo tal que el futuro construido tenga una relación significativa con los futuros posibles imaginados.

En las antipodas de la futurología, descreyendo tanto de la "necesidad histórica" como del "todo puede pasar", la tarea prospectiva se orienta a precisar cuáles son las restricciones difíciles de esquivar y cuáles los espacios de libertad para la construcción del futuro. Es pues un auxiliar para la forja democrática de voluntades colectivas con bases



racionales. Los estudios acerca del futuro han mostrado particular utilidad -en ciertos momentos y países- para anticipar fructíferamente algunos caracteres de la aceleración del cambio técnico, componente mayor de esa explosión de la innovación que es una de las causas principales de los actores de las izquierdas. Resulta pues relevante el que una prospectiva del cambio técnico sugiera algunos rumbos para revitalizar las búsquedas que definen a las izquierdas. Aquí sólo podemos presentar el argumento teóricamente con los futuros posibles imaginados.

La corriente denominada "neochumpeteriana" de los economistas de la innovación¹¹ tiende a interpretar las transformaciones tecnológicas y productivas en términos de un "cambio de paradigma" que las vincula estrechamente con aspectos sociales e institucionales, las condiciones de trabajo particular. En esta perspectiva, la crisis que siguió a los "treinta gloriosos"¹² del

Occidente avanzado reflejaría la inadecuación de las estructuras organizativas y los criterios predominantes ante las posibilidades y los requisitos de las nuevas tecnologías, enfoque que no puede sino evocar una clásica visión marxista.

Más específicamente, la ola de innovaciones técnicas desencadenada en los 70 de las cuales el auge de las tecnologías de la información constituyen el aspecto más impactante -generaría desafíos crecientes, dado el ritmo mucho más pausado de la innovación a nivel social e institucional. Los nuevos recursos técnicos permiten y requieren, a la vez, una velocidad de respuesta a situaciones nuevas, una flexibilidad estructural, una distribución de la información y aun de la responsabilidad, un nivel educativo muy superiores a los del pasado reciente. Así, ciertas claves de eficiencia que llegaron a ser vistas como parte del sentido común -las ventajas de la gran escala, de la producción en serie, de las jerarquías estables, de la separación estricta entre concepción y dirección, por un lado, y ejecución por otro, o sea, entre

¹¹ Una referencia reciente, con amplia bibliografía, es: Christopher Freeman, *The Economics of Hope. Essays on Technical Change, Economic Growth and the Environment*, Pinter Publishers, 1992.

⁸ *Critique de la modernité*, Fayard, 1992.

trabajo intelectual y manual- se ven gravemente comprometidas. En particular, la organización taylorista del trabajo se torna obsoleta y, más en general, asistentes al caso del fordismo.

En esta visión, la primacía no está relacionada unilateralmente con los aspectos tecnológicos. La realidad contemporánea sugiere que a menudo los que mejor se ubican en el "nuevo paradigma técnico-productivo" no son quienes poseen mayor capacidad científica y de inversión sino quienes anticiparon nuevas claves socioinstitucionales de la eficiencia y encontraron en su acervo cultural alternativas compatibles con ellas.

Esta retrospectiva muy abreviada de ciertas dimensiones del pasado reciente sugiere una perspectiva en la cual no está solo el "escenario pesimista".¹² Rasgos propios de este último son las perspectivas de creciente desocupación, fragmentación del mundo del trabajo y decadencia de

comprobables, entre las cuales cabe destacar el avance de técnicas "limpias" -no contaminantes ni dispendiosas-, la revalorización productiva de la pequeña escala y de la descentralización, el creciente papel de los colectivos de trabajo en la innovación, la centralidad económica de la calificación de alto nivel de las mayorías. La prospectiva sugiere que quizá las búsquedas de formas de la solidaridad eficiente tengan en el futuro alcance mayor que en el pasado.

Desvalorizadas las expectativas antaño depositadas en supuestos automatismos del desarrollo técnico-productivo, se hace necesario actuar -vale decir, estudiar, proponer, impulsar y, siempre, luchar- en el interior de ese proceso de desarrollo.

sustentado en una causa. Luego, la erradicación de esta última sería la clave para que las relaciones entre los seres humanos tendieran a ser transparentes y no incluyeran la dominación de unos sobre otros.

Pero, por supuesto, la comprensión de la diversidad y la complejidad de los poderes en juego se ha abierto paso con la fuerza convincente de los hechos. Ella se trasunta en la variedad de "nuevos movimientos sociales" que, galvanizados en mayor o menor medida por los ideales del 68, encarnan cuestionamientos nuevos a poderes varios. En ellos han visto Laclau y Mouffe¹³ ejemplos de la extensión a nuevas relaciones sociales de la revo-

lución democrática contra la sociedad jerárquica con desigualdades legitimadas. A sus ojos, la comprensión de la pluralidad de esferas de acción social, y de las identidades colectivas que en las mismas se constituyen, es la clave de la "democracia radical" que proponen como "alternativa para una nueva izquierda".

La riqueza de las nuevas luchas democráticas, el cuestionamiento a formas de subordinación y aun de violencia que hasta hace no mucho se aceptaban casi como si fueran "naturales", y la conformación en tales contextos de nuevos actores colectivos, revelan una creciente sensibilidad social y, también, una real capacidad de acción. Pero, de una forma u otra, todas las prácticas sociales del tipo anodino se encuentran con ese problema decisivo que es el de hacer de los impulsos éticos algo más que fuente de rechazo. Ello es notorio, en particular, en el terreno de los privilegios que genera el control del conocimiento. "Saber es poder", pero apenas si hemos sabido luchar contra ese poder, fundamentalmente porque parece muy difícil encontrar alternativas viables a las formas conocidas de organización, distribución y uso del saber.

Y, desde este punto de vista, los retos a resolver destacan uno muy antiguo, pero más actual que nunca, el de la democratización de la técnica. Esta es fuente de poder creciente, vale decir, de subordinación y desigualdad. Pero justamente la centralidad que asume en la economía contemporánea el saber, en muy diversas formas, pone en entredicho la eficiencia no sólo "macro" sino también "micro" de su concentración en minorías, fenómeno tan viejo como la civilización. El incremento en flecha del conocimiento, y de sus ritmos de cambio, lo parcela, dificulta el acceder a él y automatiza sus aplicaciones rutinarias. Parecería pues que el uso del conocimiento, su comprensión misma y su control no podrán sino ser tareas de índole crecientemente colectiva.

Se esbozan así alternativas para las



prácticas de las izquierdas, a la hora del ocaso de las concepciones tradicionales. La visión clásica sugería en cierto sentido una actitud de exterioridad frente al proceso de desarrollo de las fuerzas productivas: se trataba de suprimir las trabas que para ese desarrollo suponían las relaciones sociales vigentes, a partir de lo cual el proceso en cuestión -supuesto unívoco, predeterminedo y pasado- llegaría a asegurar la abundancia y, con ella, la abolición de todas las formas de dominación. Semejante garantía del futuro ya no resulta aceptable. Tampoco el creer que la evolución de las fuerzas productivas es siempre la única posible, ignorando sus disyuntivas y ambigüedades, su condición de arena de conflictos y su dependencia no sólo de condicionamientos externos sino también de agentes sociales que actúan en su interior. La historia sugiere que el desarrollo técnico-productivo está por cierto fuertemente condicionado por "la naturaleza misma de las cosas" -cuquiera sea ella- pero que no es único el curso viable de los acontecimientos. Una y otra vez aparecen encrucijadas, ante las cuales las opciones se ven grandemente influenciadas por los financiamientos disponibles, la trama de intereses crea-

dos, las conjeturas y hasta los gustos de los involucrados; vale decir, por la cultura y la distribución de los poderes prevalecientes. En la prioridad acordada décadas atrás a la energía nuclear influyeron por lo menos tanto como las consideraciones de tipo científico o económico las preferencias por la gran escala, las estructuras centralizadas y el control desde el vértice del Estado.

Las trayectorias posibles de desarrollo suelen ser múltiples; cuando una se hace realidad, nuevas alternativas se abren, pero otras resultan bloqueadas. Cuando los bolcheviques promovieron la taylorización de las relaciones industriales -entusiastamente reclamada por Lenin, que endosaba su pretensión de ser "la organización científica del trabajo"- no sólo afianzaron la división entre trabajo manual e intelectual y el despotismo de la fábrica; también facilitaron tanto la construcción compulsiva y acelerada de una base industrial moderna como la cristalización de un modo de producción que, cuando la innovación adquirió nuevos ritmos y rasgos, evidenció la flexibilidad y la capacidad de adaptación de los dinosaurios. Y conoció similar destino.

El taylorismo se amplió y reconvirtió en fordismo, estructura produc-

tiva característica de la gran industria de las décadas intermedias del siglo XX, y de su prosperidad. En los países más desarrollados ella supuso no pocos beneficios para amplios sectores de trabajadores, la homogeneización de cuyas condiciones de labor facilitó el desarrollo de un sindicalismo eficiente para la reivindicación de ingresos al alza y estabilidad en el empleo. Paralelamente, esa modalidad productiva mantuvo y aun acentuó ciertas facetas de la desigualdad y también de la subordinación de los trabajadores, no sólo porque muchos nunca accedieron al sector de empleo protegido y altos salarios, sino por varias otras causas que incluyen la acentuación tanto de la descalificación obrera como de la oligopolización de la información y del saber. Esto implica que en manos de pequeñas minorías queda la capacidad de impulsar, de influenciar y hasta de entender la innovación, lo cual simultáneamente limita sus alcances, bloquea su control social y degrada las condiciones de trabajo. Esto último se vio reflejado por ese "malestar en la fábrica" de los países prósperos, que tomó cuerpo en los 60 y se hizo notorio después del 68.

Dos caras, al menos, tiene pues el

¹² Tal escenario puede ser descrito como la tendencia "hacia un techno-apartheid global", título de un artículo de Ricardo Petrella en *Los frentes de la economía global*, editado por *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1993.

¹³ E. Laclau & Ch. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 1985.

ocaso del fordismo. Una, ya bien visible, mira al pasado y muestra entre sus rasgos el robustecimiento de la desocupación, la incertidumbre generalizada acerca de las perspectivas laborales y la fragilidad del sindicalismo. Pero otra cara, más intuitiva que contemplada, mira hacia los nuevos desafíos que suponen luchas nuevas. Los cambios técnicos desplazan trabajadores y condenan al trabajo poco calificado pero revalorizan al trabajo calificado, haciendo potencialmente más eficientes nuevas distribuciones del poder y del saber en el interior del proceso productivo y enfatizando el carácter siempre conflictivo pero también crecientemente colectivo de los niveles.

No creemos que exista un nivel privilegiado y determinante de lo que ocurre en todos los otros ámbitos de la sociedad. No estamos pues sugiriendo que lo sea el de las relaciones de producción.

Nos referimos a él en particular no sólo por su indudable importancia sino también porque ejemplifica las nuevas posibilidades, que se abren en espacios diversos, de impulsar transformaciones desde el interior de los tejidos sociales. Puede revivir así, ya sin fórmulas de gabinete ni pretensiones de totalidad sino imbricándose con tendencias profundas del devenir social, lo mejor de la tradición del "socialismo utópico", que es "el postulado de una renovación de la sociedad por renovación de su tejido celular".¹⁴ El mismo ha empezado a tomar cuerpo en la aún incipiente diversificación de las luchas democráticas en la cual perdura lo más valioso del 68.

En suma, desvalorizadas las ex-

pectativas antaño depositadas en supuestos automatismos del desarrollo técnico-productivo, se hace necesario actuar -vale decir, estudiar, proponer, impulsar y, siempre, luchar- en el interior de ese proceso de desarrollo. Al intentarlo se detectan tendencias contrapuestas, que enmarcan conflictos cuya dilucidación dependerá fuertemente de la constitución de actores colectivos, capaces de iniciativa en los múltiples espacios donde se definen los derroteros de la innovación, tanto

técnica como institucional y cultural.

Hacia la revitalización de los espacios públicos

En los tiempos que siguieron a la Gran Revolución, hacer "otra revolución mayor, más solemne, la última revolución" -como escribió Babeuf en el *Manifiesto de los Igualdes* de 1797- se convirtió en el eje de la concepción dominante entre las izquierdas. Favorecida por la cosmo-

visión monista, esa esperanza depositada en una ganancia única, capaz de abrir la puerta por la que se podría pasar de una sociedad a otra, redujo en la primacía incuestionada de la política entre las formas de acción colectiva. Esa apuesta unilateral -el "todo política"- ha llegado a convertirse al presente en una razón gravitante de la crisis de las izquierdas, como lo fue de su auge hasta un ayer cercano.

El proceso de modernización, del que la revolución sería un aspecto, ha sido caracterizado por la brusca extensión del deseo de participar en la política, supuesto propio de toda sociedad afectada por cambios sociales y tan visible un cuarto de siglo atrás.¹⁵ Muy

distinto es el panorama del presente. La vocación participativa se esfuma junto con las esperanzas en la política. Esta tiende a ser vista como un coto reservado a especialistas y alejado de la vida cotidiana, donde escasean los valores y al que sólo los medios de comunicación nos acercan.¹⁶

Claro es que el desinterés por la política no puede, en un obvio círculo vicioso, sino acentuar la primacía de la mala política, la que se muestra como un juego infecundo orientado tan sólo por los intereses de quienes lo practican. En las democracias antiguas como en las nuevas o renovadas, la insatisfacción con la política y con el accionar gubernamental alcanza niveles im-pactantes.

En este panorama, no es evidente lo fecundo de aceptar, como sugiere Sartori,¹⁷ que "la idea de "gobierno popular" no puede realmente significar "demopoder" sino más bien "distribución", vale decir, "más igualdad en los beneficios y menor desigualdad en las pérdidas para el pueblo". La relevancia de esto último no debería ser minimizada, como tampoco la dificultad de aumentar la participación del pueblo en el gobierno. Pero enormes son los riesgos que implica ubicar al pueblo esencialmente en el papel de receptor de beneficios del gobierno. Ello fomenta, en especial, una pasividad política que tiende a la inmundificencia de la democracia frente a los ataques directos de los golpistas, que por cierto no han desaparecido de América latina, o ante el racismo y la xenofobia. Refuerza el desinterés, y por ende el desconocimiento, de lo que atañe a la cosa pública, lo cual a su vez no puede sino agravar el proceso de "mala selección" descrito por el propio Sartori y profundizado por la decadencia de la política. En especial, el desinvolucramiento políti-

co del ciudadano lo deja cuasi inerme ante los forjadores de opinión, cosa que tiene mucho que ver con la sustancia de la democracia.

Se entiende y se aprende a partir de lo que se sabe. Se sabe lo que se es capaz de hacer y de comunicar. En suma, la calidad de la política depende de una educación para la democracia, de un aprendizaje de lo que atañe a la toma de decisiones colectivas, basado en ciertas dimensiones relevantes -escolares, laborales, habitacionales, etc.- de la vida de cada uno.

Vivimos los auges paralelos de la razón instrumental y del irracionalismo. El poderío creciente de las técnicas cada vez más especializadas parcela al conocimiento y desmenuza a la cultura. Induce un predominio de lógicas específicas que mutila la reflexión. Deja a la sociedad inerme ante lo que ella misma genera pues no parece capaz de controlar, y ni siquiera de comprender, lo que producen laboratorios y computadoras. No es de extrañar que vaya de la mano con la proliferación de las sectas y el revival del irracionalismo, en conductas que a menudo revisten una tónica de "sálvese quien pueda". La discusión racional se hace muy difícil en espacios públicos cada vez más fragmentados. Y así las discusiones sobre lo que a todos atañe resultan ajenas para los más, con lo cual difícilmente pueden ser eficaces. Promover la participación, desde diversos espacios abiertos, en la resolución de las cuestiones colectivas aparece así como una insustituible educación política para una convivencia deseable.

Parafraseando la disyuntiva antes evocada, diríamos que la práctica del "demogobierno" es capítulo central del aprendizaje cívico en materia de gobierno sin el cual no se forma una opinión pública capaz de "bien seleccionar", de efectuar opciones realmente conducentes al "demobeneficio".

Así, entre la democracia de los antiguos y la democracia de los modernos no existe sólo una vinculación terminológica, sino también una conexión mucho más profunda, que no



es tampoco una identificación sino más bien un hilo conductor hacia una educación para una política eficiente. El ideal de la polis, inspirador de las microdemocracias de antaño, no puede informar la constitución de las macrodemocracias del presente. Pero éstas descaecen sin una formación que nos permita captar lo que está en juego en las decisiones políticas, su carácter conflictivo y aun inevitablemente ambiguo, sus beneficios y sus costos. Y esa formación requiere de la práctica de la participación en la resolución de problemas que, simultáneamente, nos afectan en medida considerable y nos vinculan con otras personas.

El "todo política" predominante en las izquierdas se bifurcó. En "Oriente" encarnó en el sometimiento de la sociedad a lo estatal y partidario, propio de un "socialismo bizantino" que resultó incapaz de soportar su propio peso. En "Occidente", el menosprecio de lo ajeno al gobierno y a los partidos signó a un "socialismo latino", hoy sumido en el descrédito tras haberse aislado en esa política suspendida en las alturas a las que no llegan fácilmente los antídotos al cinismo.

La decadencia de la política, como la fragmentación del espacio público y

el desdibujamiento de los actores sociales, se ve agravada por la explosión de la innovación. Sucede así no sólo por los efectos globalmente destructurantes de esta última, sino también porque ella va de la mano con la extensión de la lógica del provecho individual. En semejante dinámica, las referencias nacionales pierden validez y los tejidos sociales se destejan.

Pero como hemos procurado destacar, la irrupción de lo nuevo es un proceso muy contradictorio que conlleva en potencia manifestaciones distintas a las que hoy dominan la escena. Apuntamos todavía aquí, en algunos de los enfoques recientes más ricos sobre las transformaciones en curso de la economía mundial, la unidad de análisis privilegiada es "el sistema nacional de innovación",¹⁸ en esa perspectiva, el papel que es propio en el desarrollo les es devuelto a las tradiciones, los valores, la educación y las formas institucionales específicas de cada país. Ese punto de vista destaca la centralidad de ciertos dimensiones colectivas y en

¹⁸ Una referencia básica para el tema es: Bengt-Ake Lundvall (ed.), *National Systems of Innovation. Towards a Theory of Innovation and Interactive Learning*, Pinter Publishers, Londres, 1992.

¹⁴ Samuel P. Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio* (original de 1968), Paidós, Buenos Aires, 1991. Véase la presentación de Oscar Osizak a esta edición.

¹⁵ Tomás Morlino, "La modernización de la política", FORO 2000, N°7, Santiago, noviembre-diciembre, 1992.

¹⁶ Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo*, Alianza Editorial, 1984, pág. 288.

¹⁴ Al decir de Martín Barber, en *Caminos de Utopía*, FCE, México, 1978.

especial, de lo que cabría denominar "el tejido social de la innovación".

Así se esbozan posibilidades nuevas para esta tarea cardinal que es la construcción de actores colectivos, definidos por su ubicación ante grandes retos del presente y aptos para ofrecer vías de participación a través de las cuales muchos ciudadanos puedan descubrir o redescubrir sentidos varios de lo público, lo cual les permitiría interpretar a la política, incidir en ella y recuperarla para la ciudad.¹⁹

Bien: ¿cuál es hoy "la ciudad"? No resultará fácil aceptable la pretensión de que ella fuera única ni, mucho menos, la de que envuelva, a la usanza clásica, la vida entera del ciudadano. Contemporáneamente, al decir de Laclau y Mouffe, la democracia debería consistir en el reconocimiento tanto de la multiplicidad de las lógicas sociales como de la necesidad de su articula-

ción. Luego, la eficacia de las luchas contra los poderes varios, y por atenuar sufrimientos diversos, requiere atender entre otras a las siguientes tres condiciones necesarias, obviamente imbricadas: la conformación de "espacios públicos" específicos y, en ellos, de actores colectivos relevantes; la vertebración, desde las experiencias sociales más promotoras, de propuestas que capaciten a los actores "resistentes" -ante las dominaciones y las injusticias- para ser también "construc-

El crecimiento exportador de la década pasada se basó en la denominada "competitividad espuria", es decir, en el descenso de las remuneraciones de los trabajadores, en la limitación de las inversiones y en la sobreexplotación de los recursos naturales.

tores"; la vinculación entre los actores y la articulación de las propuestas en una labor de síntesis.

Esta última tarea debería integrar la definición de la política de la izquierda, porque cuando están la realidad -se hace parte de ese espectáculo lejano, sus efectos no vanidosos- y el espacio social, del que la TV nos da cuenta. La tarea en cuestión puede ser evolucionada a partir de la evolución histórica de la noción de hegemo-

política orientada a la construcción de una voluntad colectiva -mediante la articulación en diversos planos de tradiciones, experiencias, reivindicaciones, pericias, ensañaciones-, de modo de conformar un sujeto que pueda ser protagonista relevante de un ciclo histórico de alcance intermedio entre el corto plazo y la "larga duración", del que se sientan partícipes gentes diversas pero capaces de reconocerse en un proyecto compartido.

Para la reconstrucción de la izquierda

Al replantear en términos contemporáneos la cuestión central -el desafío de la vigencia de la izquierda ante tanto haz de proyectos de transformación social- ha perdido su lugar la meta de "construir el socialismo". La historia la ha dejado atrás, junto con una cosmovisión cuyo tiempo pasó. Ya no cabe esperar o intentar precipitar el tránsito a la buena sociedad, sino de trabajar y luchar en ésta. Y por ende mucho mayor es la relevancia de las propuestas de inspiración socialista: no se trata de los hipotéticos rasgos de una mañana garantizado pero impreciso, sino de orientaciones para vivir el presente y en él construir el futuro.

Las diversas estrategias de "ruptura con el capitalismo" -desembarcación en la subsodinación de todas las formas de acción colectiva a lo partidario estatal, único ámbito concebible para efectuar semejante ruptura. A lo largo de este siglo, las dimensiones del Estado crecieron notablemente y aun más notable resultó la diversificación de sus cometidos, que ha puesto en cuestión la efectiva realización de los mismos. Se asiste así a una verdadera crisis del Estado, acelerada por la explosión de la innovación, la cual impulsa la decadencia de la política y pone en entredicho la vigencia de las izquierdas volcadas a lo político estatal. En esta perspectiva, la hipotética del Estado sometido por su derrumbe, al Este, y la limitación de los esfuerzos transformadores a lo que se puede hacer desde el Estado, cuyo potencial se embota, al Oeste,

¹⁹ Al encarar una problemática análoga desde el punto de vista de los desafíos ambientales, la identificación clásica entre espacio público y política ha sido resumida en términos siguientes: "Los hombres son animales políticos por cuanto no son dioses ni bestias, y también porque poseen la capacidad para pensar y expresar sus pensamientos por medio de palabras. En el caso de que los hombres fueran bestias, habrían actuado adecuadamente por medio del instinto; en el caso en que fueran dioses, por medio de la omnisciencia divina. No siendo lo uno ni lo otro, los hombres erran en la incerteza respecto al futuro, debiendo procurar, constantemente, la salidísima adecuada a los desafíos frente a los cuales la naturaleza y la historia los coloca, sabiendo que cualquier decisión equivocada puede conducir a la catástrofe. Su único triunfo, ante esta situación, es el donde la palabra, por medio de la cual la mejor decisión puede alcanzarse a través de la diáscrisis racional en el espacio público de la ciudad, donde él mismo se sitúa en sus espaldas, y la proposición finalmente admitida posee las mayores posibilidades de ser la correcta". (José Augusto Pabón, *Espacio público, intereses privados y política ambiental*, en *Nueva Sociedad* N°122, noviembre-diciembre, 1992).

²⁰ Gramsci la vinculó con los liderazgos, en el plano de las ideas y los valores, que posibilitan la construcción de las voluntades colectivas. En la era del "pluralismo radical" es preciso conjugar elementos históricos y sociales dispersos, pero también expectativas y "tiempos" diferentes.²¹ Se trata de averiguar si tiene sentido una práctica

²¹ Al respecto, nos referimos a la yamencionada obra de Laclau y Mouffe.

²² "No existe un tiempo único; hay tiempos, tiempos sociales. Obrero o empresario, jubilado o estudiante, cesante o funcionario, mujeres y varones, todos ellos tienen nociones diferentes de tiempo y, por ende, tienden a disponer de su tiempo de manera diferente. A la vez, sin embargo, hay una realidad común para todos ellos. Una realidad que los obliga a vincularse en ambas dimensiones, urgencia subjetiva y plazos objetivos, para crear un orden contemporáneo". (Norbert Lechner *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FCE, Chile, 1990, pág. 64).

anuncian el final de toda una época en la historia de las izquierdas.

Otra se irá dibujando en la medida en que viejas ideas fundacionales revelen mayor eficacia que los proyectos de inspiración estatista.²² Se esboza una apuesta a la sociedad cuyo impacto en el destino de la izquierda dependerá de la búsqueda de formas de la solidaridad eficiente suscite respuestas a los desafíos de la innovación que desborden la lógica del capitalismo. Esta se muestra poco apta para afrontar varios de aquéllos; bien se sabe, por ejemplo, que los mecanismos del mercado no resultan ecológicamente eficientes.

Asimismo, la gravitación del factor conocimiento en la economía contemporánea puede erosionar profundamente la lógica mercantil. Quizás estemos recién en los inicios de una gran transformación de la dinámica económica, ligada a la centralidad creciente de lo que convendría llamar "acumulación social de conocimientos", los aprendizajes colectivos que trascienden tanto la capacitación individual como el sistema educativo formal y se hacen realidad en los "encuentros" entre personas y grupos, en las diversas facetas de la interacción productiva. Más que individuos muy preparados o equipos altamente capacitados, los que se desarrollan así son tejidos sociales en los que encarna el conocimiento.

Los ejemplos podrían multiplicarse en relación con las condiciones de vida, de producción, de comunicación y en general de convivencia de los seres humanos. No se diseña por esta



vías un "nuevo modelo", pero se hace más clara la necesidad de ir más allá de los límites de la lógica del mercado si se quiere alcanzar una real dinamización de la producción. Se trata pues de explorar, sin limitaciones apriorísticas, las diversas trayectorias a la izquierda de las cuales esa lógica podría ser desbordada por las dialécticas vividas e imaginadas por los actores.

El desafío de la democratización lleva a encarar la construcción colectiva, en diversos ámbitos, de lógicas alternativas, inevitablemente parciales y provisionales, pero aun así más eficientes desde el punto de vista de las mayorías de hoy y de mañana. Y ello, asu vez, pone sobre el tapete el desafío de la militancia, el de su valor y significado en esta época de aparente desaparición de la militancia.

La felicidad es una idea nueva en Europa, proclamaba Saint-Just en los años bautismales de la izquierda, que llegó a definirse por el proyecto generoso de militar por la conquista de la felicidad para todos. Pero la perspectiva de pelear hoy para garantizar la dicha de mañana se ha desvanecido, con sus ilusiones y también con las enormidades que encubrió. La militancia como forma de mortificación y

su socia la inquisición, abandonan un terreno que queda libre para revivir lo que la militancia también ha sido para tantos no pocos veces: una dimensión entre otras para cultivar la solidaridad y la creatividad colectiva, una forma de vida en la que es posible encontrar, no la felicidad -que nada le garantiza a nadie- pero sí sentimientos y relacionamientos con ella vinculados.

La renovación socialista, pese a que "parece haberse extinguido su capacidad para generar novedad", ¿podrá todavía "proyectar un sentido de historia, abrigar una idea de lo humano, crear una tensión ética y comprometer un proyecto para la nueva época que se inicia"?²³ Tareas tales exigirán amar fragmentos varios, como los anotados y muchos otros, en nuevos mapas a dibujar desde nuestra situación específica. Tiempo es ya de volcar hacia ella nuestra atención.

América latina urgente

Frente a un mundo aplastado por el peso gravoso del pasado, América

²³ José Joaquín Brunner, "Interrogantes sobre el fin de la renovación socialista", *Leviatán* 48, 1992.

era la esperanza del mañana, el lugar de los sueños, la sede de la utopía porque aquí todo estaba por lucirse.

Hay es sínónimo de frustración, de pérdida de destino, de miseria y prepotencia, de violencia y exterminio, de desigualdades insuperables.²⁴

El escenario tendencial

El tema que nos ocupa debe ser analizado teniendo como telón de fondo

las hipótesis más probables sobre la evolución de la región en los próximos años. No significa ello postular determinismo alguno ni ceder a la aparente fatalidad: como bien se ha dicho, la tendencia no es el destino y además el futuro no es destino sino tarea. Pero ésta, que debe hacer viables ciertos escenarios deseados, no puede ser pensada de espaldas a los procesos en curso.

Pues bien, lo que

viene aconteciendo en nuestro continente sugiere que el "escenario tendencial" ha de caracterizarse por la segmentación, tanto social como regional, y por la marginación, tanto de América latina como conjunto en relación con el mundo, cuanto de gran parte de su población respecto a la modernización en curso. Crea la diferenciación, entre los países y dentro de cada país, exacerbando una heterogeneidad que parece desafiar todo enfoque global, salvo quizá los que destacan evidencias poco promisorias. La desigualdad es tal que se desdibuja el sentimiento de "comunidad" en el que deben sustentarse los procedimientos democráticos.²⁵

²⁴ José Arió, *Reinventar América latina, ciudad*, pág. 104.

²⁵ Norbert Lechner, "El debate sobre Estado y mercado", en *Nueva Sociedad*, N°121,

La tendencia anotada puede verse ampliada en los próximos tiempos por los ritmos diferenciados, según niveles de ingreso, del crecimiento de la población. Se vive una reproducción ampliada de la pobreza que tiende a acentuar la inequidad y, en particular, la problemática del empleo: mientras que en 1985 la ocupación alcanzaba a unos 90 millones de personas, se estima que la Población Económicamente Activa -vale decir, la gente que busca trabajar- orillará los 200 millones hacia

el 2000; ¿cuántos habrán conocido condiciones de existencia que los capaciten para desempeñarse en el mundo de entonces?

Paralelamente, la apertura al exterior y la búsqueda de nuevas inserciones en la economía internacional profundiza la diferenciación de las situaciones nacionales. Retornar a la reinserción de América latina en la economía internacional puede inducir a error. Asistimos más

bien al diseño de nuevos relacionamientos de algunos países del continente, o de ciertas regiones de tales países con los centros de la economía mundial. Se trata de procesos diferenciados, que acentúan la contracara geográfica de la cara social de la segmentación, rasgo mayor del "escenario tendencial" latinoamericano.

Quizás este último pueda ser comparado con el surgimiento, en la segunda mitad del siglo pasado, de un "nuevo orden latinoamericano", de tipo neocolonial.²⁶ En efecto, el objetivo de las "políticas de ajuste" ha sido descrito como el de ordenar y abrir a las economías latinoamericanas, en un

1992, pág. 84-85.

²⁶ Nos referimos al capítulo IV de la obra de Tullio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

proceso comparable al de comienzos de siglo, a los efectos de adecuarlos al funcionamiento de la economía mundial. Esta nueva "modernización", empero, se plantea cuando decrece, en términos globales, el papel de las materias primas en la economía contemporánea. Más en general, la pérdida comparativa de dinamismo económico parece dibujarse como tendencia mayor del panorama continental, en términos promediales y sin desmedo de la diversidad ya destacada. El crecimiento exportador de la década pasada se basó esencialmente en la denominada "competitividad espuria", vale decir, ante todo en el descenso de las remuneraciones de los trabajadores, pero también en la limitación de las inversiones y en la sobreexplotación de los recursos naturales. Esa opción no sólo es éticamente inaceptable: en las condiciones técnico-productivas contemporáneas constituye una apuesta perdedora para la competencia económica internacional de los próximos tiempos.

La marginación del continente crece sobre todo por su participación decreciente en la gran mutación técnico-productiva en curso, lo cual puede apreciarse por ejemplo por su comparativa débil esfuerzo en materia de innovación científica y tecnológica, así como por su deficiente panorama educativo.²⁷

Es de temer pues que la nueva inserción internacional del continente sea aun más limitada y desigual que la de ayer. Todo apunta a la segmentación

²⁷ "El nivel educacional promedio es apenas de 6 años de estudio y casi un millón de la fuerza laboral latinoamericana no ha completado la educación primaria. La masificación se realizó con poca inversión y tuvo un impacto inequitativo, pues benefició en mayor medida a los hijos de los grupos de ingresos medianos y altos". Así, "de manera que la tendencia histórica de la última década, la región contaría todavía con un 11% de analfebos en el año 2000, y unos 40% de los jóvenes no habría logrado terminar las enseñanzas primaria; (...) el trabajador promedio (...) apenas podría esperar recibir un mes de capacitación durante su vida laboral". (CEPAL-UNESCO, *Educación y conocimiento: eje de transformación productiva con equidad*, Santiago, Chile, 1992).



como rasgo mayor del escenario más probable para el futuro de la región, en la cual la pobreza se ha convertido en la principal causa de muerte.²⁸

Por el contrario, la masificación de los medios de comunicación tiende a uniformar las aspiraciones, acercando el "imaginario colectivo" al prevaliente en los países desarrollados.²⁹ Hacia el Norte miran, con creciente atención, quienes viven en esta parte de la periferia. Sus puntos de referencia tienden a serles exógenos. Quizás en este plano sea donde el viejo tema de la dependencia pueda pretender mayor vigencia. En la antigua dialéctica de la unidad y la diversidad del continente, vuelve a ser cierto que las principales semejanzas no tienen carácter endógeno. Así, en el alma latinoamericana conviven conflictivamente la explotación de las expectativas y el desdibujamiento de las perspectivas.

²⁸ Bernardo Kliksberg, "Rediseñando el Estado de América Latina. Algunos temas estratégicos", Serie Avances de Investigación del CLAD, Caracas, 1991, pág. 4.

²⁹ CEPAL-UNESCO, citado, pág. 24.

miento de las perspectivas.

América latina ha sido siempre una "caja de sorpresas"; no es probable que deje de serlo cuando ésa se ha constituido en una adecuada caracterización del panorama político a escala internacional desde fines de los 80. En este marco se plantea la cuestión de saber si el proceso de apertura, tal como se lo viene diseñando y aplicando, resultará no sólo incompatible con niveles mínimos de equidad sino también con un cierto grado de normalidad democrática. Notemos que entre los propios impulsores del "consenso Washington" se está haciendo evidente la necesidad de complementarlo con un capítulo de "reforma social".

La inestabilidad generalizada en América latina viene a sumarse al succe- sivo y al decrecimiento que suceden a décadas de grandes proyectos y grandes frustraciones, de penas, luchas y esperanzas epilogadas en desencantos. Disminuye la valoración del accionar colectivo en sus diversas formas. El notorio desprestigio de gobiernos, par-

lamentos, partidos y sindicatos hace vidriosa la conversión de las desconformidades acumuladas en grandes movimientos político-sociales dotados de organicidad, continuidad y capacidad de movilización.

Lo dicho no implica que las izquierdas no vayan a desempeñar roles relevantes. Pese a la decadencia mundial que las aqueja, la dificultosa sustentabilidad política de las apuestas neoliberales, incluso en sus formas "liberal-populistas", pueden abrir grandes espacios. Nada menos que en Brasil, por ejemplo. En tales eventualidades deberán afrontar consecuentes recursos agudas urgencias sociales. Muy difícil les será conservar grandes adhesiones y realizar cambios trascendentes. En ambos sentidos, más previsibles son los fracasos, quizá comparables al que conoció la izquierda boliviana entre 1982 y 1985, el cual despojó el camino para un drástico "ajuste", acompañado tanto por la decadencia de las izquierdas y los sindicatos como por la emergencia de nuevos partidos

populistas, agrupados en torno a líderes provenientes de los ámbitos empresariales y comunicacionales. En cualquier caso, sería altamente probable que en tal contexto se pusiera de manifiesto la fragilidad de las instituciones republicanas.

La escasa probabilidad de que tomen cuerpo proyectos transformadores viables y creíbles se inscribe en lo que parece ser una creciente irrelevancia del accionar gubernamental en relación con las demandas sociales. Conjugada

Cómo hacer para que la democratización -en tanto doble proceso de participación en aumento e inequidad en disminución- coadyuve al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción y por ende a su propia profundización?

con la inequidad, es difícil que la misma no fomente la fragmentación de la sociedad, particularmente a través del auge de violencia de tipos diversos y combinados. La vida en el Perú de hoy constituye el ejemplo más dramático de ello, mientras que el caso ya clásico de Colombia ilustra hasta dónde puede llegar el descascamiento de la democracia, sin quebrazo institucional, propiamente dicho, que

constituye una tendencia inocultable en esta parte del globo. Las aglomeraciones urbanas en expansión constituyen los grandes escenarios de la segmentación social del continente y los focos mayores de su inestabilidad. Coexisten en ellas el deterioro de los servicios públicos, la miseria creciente de muchos, la insolente corrupción de no pocos y el despliegue de múltiples comodidades de la vida en el "Norte", bolsones de la cual están así instaladas casi provocativamente en pleno "Sur" induciendo a apretarse el cinturón. "Las mayorías urbanas en el decenio de 1980 han mostrado mayor tolerancia que la que podría haberse esperado de ellas ante las políticas de austeridad..." se afirma en un documento de la IACPAL. Los límites de tal tolerancia fueron dramáticamente marcados en las ciudades

venezolanas durante febrero de 1989. Antes y después, acontecimientos similares en otros países dieron cuenta de las enormes tensiones subyacentes, las cuales seguramente no son ajenas a las dimensiones alcanzadas por la violencia en el Perú. No sería de extrañar que sus mayores expresiones futuras tengan lugar en Brasil, teatro gigantesco de las plagas y también de las ilusiones latinoamericanas, que como treinta años atrás vuelve a ser la clave de la

desestabilización del continente. Esa dinámica agitada de las grandes ciudades del continente se ha evidenciado también en algunos triunfos más o menos recientes de las izquierdas -a menudo poco previsible y no siempre duraderos-, por ejemplo en San Pablo, Montevideo, Asunción, Caracas, ¿Acaso cuando los liderazgos surgidos de los grandes partidos populares se ven desbordados por los costos del ajuste, el

populismo reaparece renozado bajo las banderas de una izquierda que a su influjo revive tras el fracaso de los proyectos revolucionarios? En tal perspectiva, ¿cómo se vincularán las nuevas apuestas a la izquierda con una evolución en la cual la segmentación y la marginación impulsan el desdibujamiento del espacio de lo público y el desinterés por lo colectivo? ¿Se insertarán en ella sin mayores conflictos, colaborarán a trastocarla o no constituirán sino fugaces paréntesis que aumentarán la cuota de incertidumbre por sin desbordar los márgenes del "escenario tendencial"?

Es evidente, en fin, que toda reflexión de carácter global sobre América latina no puede ser vista como una propuesta sino a lo sumo como una visión a tener en cuenta al formular, de manera necesariamente muy diferen-

ciada, las diversas políticas nacionales o regionales. Su valor dependerá de los aportes que ofrezca a las múltiples maneras de trabajar para que el futuro real tenga un parecido escaso con el escenario tendencial y, más específicamente, a las luchas contra el elemento más preocupante de este último: el decrecimiento.

Pistas en la diversidad

La panorámica continental no habla de retos comparables, de situaciones divergentes, de sinergias posibles. Si bien en grado muy diverso, a ninguno de nuestros países les es ajena la amenaza del descascamiento de las identidades colectivas. En sus formas extremas, el fenómeno abre paso a explosiones de violencia, incluso demencial, como la asociada al accionar de Sendero. Cuando se desdibujan las referencias ciudadanas, la angustia de quien se siente abandonado y la desesperada búsqueda de relaciones de pertenencia constituyen fértil campo de cultivo para nacionalismos estrechos y furiosos, como los que hoy azotan el Este europeo.

Desafío de primer orden es el de vivificar las dimensiones más amplias y menos sectarias de las referencias colectivas, las que tienen que ver con la vida en un mismo ámbito, con el trabajo en común, con la riqueza cultural de la diversidad. Llama la atención el que tantos análisis sobre la identidad nacional de nuestros pueblos miren sólo hacia el pasado. Las referencias comunes son tradiciones y recuerdos, pero también expectativas y proyectos, vicencias enraizadas en el ayer y proyectadas hacia el mañana. Las visiones del porvenir deseable, los futuros a construir en conjunto desde la pluralidad, son parte imprescindible de cualquier "nosotros" fecundo.

La elaboración de un "horizonte de sentido" se ve dificultada por el clima espiritual de nuestra época, en la cual precisamente, como bien se ha dicho, el sentido aparece como recurso escaso.³⁰ Pues bien, la izquierda existe

³⁰ "En este accleramiento del tiempo ya

para que el futuro no sea una dimensión ausente en el presente, para que los proyectos colectivos y solidarios sean fuente de sentido, capaces de colaborar a la forja de sentimientos de identidad y pertenencia a una comunidad.

Pero la pobreza extrema, en la cual se debaten tantos de nuestros semejantes en este continente, hace en muchos casos irrisorio el hablar de comunidad nacional. Allí radica el desafío mayor, como vienen de reconocerlo hasta los grandes promotores de las "políticas de ajuste", a la vista de las consecuencias sociales y aun institucionales de las mismas. En esa lucha contra la miseria, que ahora todos ponen en el primer lugar del orden del día, ¿cuál ha de ser el aporte específico de las izquierdas?

Al conocido proverbio chino que sugiere no sólo darle un pescado al hambriento sino sobre todo enseñarle a pescar, hoy agregaríamos que urge colaborar para que muchos seres humanos se capaciten para mejorar, técnica y ambientalmente en forma permanente, las formas de pescar, y a que encaeren en conjunto riesgos y oportunidades de la pesca. Sobran las dificultades en toda búsqueda de la solidaridad eficiente, pero no faltan en América latina los ejemplos estimulantes.

Se trata de descubrir respuestas en germen más bien que de inventarlas. A lo largo y a lo ancho del continente nacen o reviven actores colectivos definidos por el propósito de que los más postergados puedan protagonizar la superación de la pobreza extrema y por la vocación de apoyar su búsqueda, sin paternalismos ni clientelismos.³¹ La moviización de la sociedad es la clave

nada se afirma; incluso la identidad sucumbe al vértigo. (...) la cultura posmoderna aparece como expresión de una crisis de identidad. En realidad, ¿cómo afirmar una identidad en un presente recurrente?. (Noébert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, PCE, Chile, 1990, pág. 112 y 115).

³¹ En este tema nos referimos a: Bernardo Kliksberg (comp.), *Cómo enfrentar la pobreza?*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1992.



de bóveda de las construcciones más prometedoras.

Y todas ellas se vinculan, de una manera o de otra, con la transformación de la educación. La primera clave de la eficiencia económica -en el más amplio sentido de la expresión- radica, crecientemente en la difusión de la capacidad para realizar un trabajo creativo, en equipo y estrechamente vinculado con la educación permanente. Si el acceso diferencial a la enseñanza será cada vez más gravitante en la diferenciación social, e incluso en el descascamiento de los derechos cívicos, la prioridad para la reactivación económica a largo plazo pasará por enfrentar tanto la división entre trabajo manual e intelectual como los obstáculos que apartan a las mayorías de una formación para la innovación, extendida a lo largo de toda la vida. Nuevas posibilidades se abren así para la lucha contra la desigualdad, pues ésta puede objetivamente encontrarse con la búsqueda de estrategias para un nuevo desarrollo. En el horizonte parece dibujarse una gran transformación educativa, orientada a construir vías de acceso para las mayorías a una enseñanza permanente de alto nivel. Ello exigirá desbordar los marcos de las aulas tradicionales y enseñar en todo ámbito donde tareas socialmente necesarias sean bien afrontadas. Segura-

mente no hay desafío más significativo que éste para una izquierda realmente dispuesta a sumergirse en las dinámicas profundas de la sociedad.³²

Si un salto cualitativo en la capacidad de la sociedad para ofrecer formación a sus miembros, en especial a los jóvenes, es inimaginable paliar siquiera la desocupación estructural, ya instalada incluso en países altamente desarrollados. En la periferia, ella es causa principalísima de marginación, por ende también de violencia y de empeoramiento de la calidad de vida de todos. En el pasado, el temor a "las clases peligrosas", y más tarde a "la amenaza comunista", pavimentó el camino de las reformas sociales y de la edificación de estado de bienestar. La inequidad contemporánea por las consecuencias del desempleo -de las que Europa ofrece ya no pocas muestras- abre ciertos espacios para nuevas reformas y hasta para cuestionar la lógica mercantil, pues ese fenómeno que degrada a la sociedad parece muy difícil

³² En este sentido, la vigencia de las inspiraciones propias de la izquierda se afirman de cara a "los desafíos de todos", pues sugiere pistas para encarar la transformación de la educación requerida por la dinámica de la sociedad contemporánea, según sus más reputados analistas. Véase por ejemplo el libro de Peter F. Drucker *Las nuevas realidades*, Edhasa, Barcelona, 1989) y en particular la parte cuarta, "La sociedad del conocimiento".

de contrarrestar sin una redistribución más solidaria de los derechos a la educación, al trabajo y a sus frutos.

El progreso técnico hace que la producción requiera de una proporción rápidamente decreciente de la población total. Dadas las pautas de distribución vigentes, ello genera pautas de consumo globalmente insostenibles. Así, la racionalidad instrumental predominante se ve desbordada. En los movimientos ambientalistas afiora su cuestionamiento.³³

Indudable es pues la trascendencia de tales movimientos, actores colectivos de creciente significación y especial atractivo para la juventud, particularmente en América Latina. Más aun, se sostiene que los mismos desempeñan, en un cierto rol articulador de esfuerzos sociales diversos, en la medida en que gravitan en las demandas y las acciones de otros movimientos muy variados, lo cual permite hablar de "socio-ambientalismo", el que se vincula estrechamente con grupos científicos y técnicos e incluso empresariales.³⁴

Ahora bien, ¿pueden estos actores sociales desempeñar un rol transformador, o socialismo y ambientalismo

no pueden ser sino movimientos conservadores? Para dilucidar si ello es así resulta significativa la reorientación en los últimos años del ambientalismo continental hacia la temática del desarrollo sustentable.

En última instancia será su capacidad para impulsar nuevas alternativas para el desarrollo latinoamericano, la que dará la medida de la revitalización, desde las dinámicas sociales, de nuestra izquierda como haz de proyectos de transformación social.

Para intentar algo más que modernizar las formas de la subordinación a los países más avanzados es preciso afrontar no sólo la persistencia del fenómeno de la dependencia-tema más bien olvidado en los textos cepalinos- sino también su transformación.

Encuentros en el desarrollo

En la América Latina cada vez más desintegrada que emerge de la "década perdida", la profundización de la democracia, y su vigencia misma, se vinculan con una cuestión clave, destacada ya al comienzo de los procesos de redemocratización continental: nuevos estilos de desarrollo, en las antipodas de los predominantes hasta ahora, constituyen prerrequisitos para la construcción de un orden democrático más auténtico.³⁵

Pero el desarrollo es, ya desde hace bastante tiempo, tema difícil de encarar, particularmente en nuestra región y más aun si se aspira a hacerlo con perspectiva continental. Una serie de documentos recientes de la CEPAL³⁶ aspiran a conformar una "nueva propuesta para el desarrollo", capaz de combinar la transformación productiva y el crecimiento con la equidad y la democracia. De manera más bien implícita, la estrategia sugerida apunta a

"otra manera" de llevar a cabo la apertura económica, diferenciada de la actual, inspirada por el neoliberalismo, ha predominado en el continente. Ofrece así un marco propicio para vivificar el debate sobre el desarrollo, que puede ofrecer un punto de encuentro en la diversidad.

Cabe subrayar que no se trata de buscar "el modelo alternativo", no sólo porque la caleidoscópica realidad latinoamericana lo hace imposible sino porque búsquedas semejantes se basan, explícita o implícitamente, en la presunción de que por debajo de la visible complejidad de la realidad estudiada existe una causalidad apresable en formulaciones simples y cerradas, lo cual a su vez permite conjeturar que siempre existe "la" herramienta adecuada para la transformación social. Esa visión instrumental y "monista" no es sostenible en el presente, lo cual tiene mucha importancia para América Latina, signada por el papel protagónico atribuido al Estado en el desarrollo.³⁷ Tal apuesta caracteriza a las que a esta altura cabe designar como concepciones clásicas para el desarrollo del Tercer Mundo. Y su ocaso ha sido también el de tales concepciones e incluso el de la propia teoría del desarrollo.³⁸ Su reverdecer requerirá superar, en clave pluralista, tanto la pretensión de construir "el" modelo simple de transformación social como la identificación de esta última con el accionar estatal.

Para tal perspectiva son relevantes varias cuestiones encaradas por las nuevas propuestas cepalinas. Ellas sostienen que la reinserción internacional de la región, tal como se ha venido desplegando durante los años 80, se basa en la "competitividad espuria" que surge de

³³ Fernando Henrique Cardoso, "Desafíos de la socialdemocracia en América Latina", en *Leviatán* 48, 1992, pág. 67.

³⁴ "El camino que ha emprendido América Latina ya no admite retornos al modelo del Estado nacional unitario imperante, pero la izquierda ha demostrado tenerse capaz de imaginar una alternativa progresista a las orientaciones neoliberales que se imponen en la región", (J. Arió, "1917 y América Latina", *Leviatán* 46, 1991, pág. 138).

los bajos salarios, incrementa la inequidad y tiende a agotarse. Como alternativa para una nueva ubicación de la región en el escenario mundial se propone la denominada "Transformación Productiva con Equidad", en la que la equidad es vista como marco para la construcción de una "competitividad auténtica", sustentada en la incorporación de progreso técnico.

Se sostiene que "la solides de la posición en el mercado internacional está determinada en general por el nivel de calificación de la población y por su capacidad para participar en el proceso permanente de innovación tecnológica". La primera parte de la afirmación es indiscutible pero la segunda, si bien fundamental, es parcial: la innovación que se requiere no es sólo tecnológica sino también social e institucional.³⁹

Esquemizando un tanto, podría decirse que los nuevos planteos cepalinos se presentan como una "industrialización hacia afuera", con apertura gradual y controlada, para poder construir una auténtica competitividad. Ahora bien, la identificación entre el afianzamiento de "ventajas competitivas", el avance técnico-productivo y la "industrialización hacia afuera" no es evidente. Por ejemplo, pueden llegar a constituirse "enclaves" exportadores, dotados incluso de una gran sofisticación productiva pero de una escasa capacidad para difundirla a su alrededor. Justamente por su carácter sistémico, el desarrollo es poco viable sin estrategias que eleven el nivel técnico de un conjunto muy amplio de actividades, estrategias que por ende no pueden ser sino específicas, y que deben incluir trayectorias para la generación e incorporación de progreso técnico que se adapten a las características propias de cada sociedad.

³⁵ "Hemos entrado otra vez en una era de innovación sólo en la 'alta tecnología' o en la tecnología en su conjunto. De hecho, la innovación social [...] puede ser de más grande importancia y tener un impacto mucho mayor que cualquier invento científico o técnico". (Peter F. Ducker, op. cit., pág. 329).



Los problemas del desarrollo desmembran a las dificultades de la democratización. Los documentos cepalinos afirman que es preciso elevar la capacidad técnica del quehacer sociopolítico y la representatividad de partidos y gremios en materia de demandas sociales; de lo contrario "podrían generarse dificultades adicionales para consolidar formas modernas y estables de convivencia democrática. Esto, a su vez, podría conducir al retorno de un ciclo de políticas de carácter confrontacional, o neocautariorio, o al populismo y al estancamiento". Las considerables dificultades sociopolíticas de una "transformación productiva con equidad" incluyen las limitaciones crecientes de partidos y sindicatos en su papel mediador, la organiza-

ción mayor de los grupos de presión más poderosos y las limitaciones (de objetivos y de representación) de los procesos de concertación, que excluyen a los diversos sectores marginales.

Las apuestas indudablemente válidas a la descentralización y al desarrollo local no bastan cuando las demandas tienden a multiplicarse y a parcelarse; pueden incluso acelerar ese proceso y también agravar las desigualdades, en particular regionales. Constituyen pues opciones probablemente muy necesarias, en este continente plagado de verticalismo y de centralismos, pero seguramente insuficientes para compensar la pérdida de eficacia de la política. Esta se vincula directamente al agotamiento de anteriores estrategias

³³ "La caracterización del ambientalismo como movimiento histórico (...) parte del concepto de que la civilización contemporánea resulta insustentable en el mediano y largo plazo en virtud de cuatro factores principales: crecimiento poblacional exponencial, disminución de la base de recursos naturales, sistemas productivos que utilizan tecnologías contaminantes y de baja eficiencia energética, y por último un sistema de valores que propicia la expansión ilimitada del consumo material". (Eduardo Viola, "El ambientalismo brasileño. De la denuncia y conscientización a la institucionalización y el desarrollo sustentable", en *Nueva Sociedad* N°122, 1992, pág. 140).

³⁴ Eduardo Viola, citado, pág. 145-146 y 152.

para el desarrollo -incluso las que la CEPAL preconizaba otrora- por lo que exige una consideración muy pausada.

¿Cómo hacer para que la democratización -en tanto doble proceso de participación en aumento e inequidad en disminución- coadyuve al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción y por ende a su propia profundización? La compatibilidad entre desarrollo y democracia ya no puede ser garantizada esencialmente por el accionar conjugado del

Cuando el ingreso al empleo se torna en prerrequisito para acceder a los bienes generados ayer y hoy por los seres humanos, ¿cuál es el cálculo realista de costos que no tiene en cuenta a los que quedan afuera, a lo que ellos podrán haber hecho y a lo que efectivamente harán?

Estado y los partidos políticos. Los grandes nudos problemáticos de la transformación social se dilucidan en ámbitos distintos, en los que se despliegan lógicas diversas e intervienen numerosos protagonistas relevantes. Y entre tales ámbitos, lógicas y protagonistas no existe alguno que pueda ser considerado como determinante, ni siquiera en última instancia. La innovación es un proceso que se desenvuelve en varias

dimensiones, a partir de la interacción de una pluralidad de actores, cuya información es parcial y deficiente, como la comunicación entre ellos. Los protagonistas de la innovación colaboran, se enfrentan, aprenden y se transforman en un contexto signado por la incertidumbre. En ese juego de actores, y desde sus perspectivas, conviene investigar las trayectorias, o procesos parciales, a lo largo de las cuales sea más probable alcanzar un grado significativo -pero nunca seguro y siempre provisional- de compatibilidad entre democratización y crecimiento.

Abreviando al extremo, diríamos que se trata de profundizar la propuesta de una "transformación productiva con equidad" -en la cual la equidad es objetivo y también requisito de la transformación- hasta el punto de superarla mediante una comprensión de las con-

diciones contemporáneas de la innovación social, que visualice a la solidaridad no sólo como meta sino también como clave de formas alternativas de modernización. Y ese camino llevad del tema casi olvidado del desarrollo a la cuestión casi abandonada de la dependencia.

La reinscripción internacional como divisoria de aguas

La inserción de América latina en la nueva configuración de la economía mundial, marca la encrucijada del continente. Constituye pues un problema insoslayable para las izquierdas. Para el futuro de éstas representa además una verdadera divisoria de aguas, entre la reafirmación, la rectificación y la renovación.

Ante la apertura en curso, que agudiza las penurias de las mayorías latinoamericanas, rechazará es un reflejo natural, estimulado por las visiones

tradicionales del "desarrollo hacia adentro" y de la resistencia de la periferia a la explotación neocolonial de sus recursos básicos. Pero semejante actitud se sustenta en la contemplación del pasado más bien que del presente, en el cual la marginalización es la máxima amenaza para el Sur.⁴⁰ Tales visiones

⁴⁰ "Esa disputa la recibió el Norte a más tardar en los años 80 al trasladar cada vez más las fuentes de su riqueza de afuera hacia adentro: del comercio desigual con el Sur hacia la dinamización del potencial innovador intrínseco y el desarrollo de la productividad de su propia fuerza de trabajo."

No es la explotación activa sino la tática marginalización de la política y la economía mundiales lo que hoy representa la fuente principal de desigualdades entre el mundo de los países industrializados y el de los países en vías de desarrollo.

Las citas de Leopoldo Mímora, "Del Sur explotado al Sur marginado. Justicia económica y justicia ecológica a escala global", en Nueva

ignoran las causas centrales de la decadencia de tantos regímenes tercermundistas, inspiran políticas que ya fracasaron en los 70, y no ofrecen alternativas ante los desafíos de la mutación técnico-productiva. Abroquelarse en la reafirmación de las viejas propuestas pavimentó el camino de la marginalización.

Pero, por supuesto, la rectificación lisa y llana está lejos de ser una solución. Al decirlo no pretendemos mantenernos en la zona abrigada de la crítica al neoliberalismo. Este ha cosechado ya notorios fracasos en las metrópolis de las que surgió la revolución neoconservadora; en Europa oriental fue un espejismo que aceleró la crisis y en nuestros países, aplicado con el primitivismo habitual de las recetas para subdesarrollados, generó daños que no requieren comentarios. Pero la magnitud real del desafío surge de que la apertura al mundo -aun impulsada con criterios modernos, social-progresista y sensibilidad social- lo que hace ante todo es plantear inmensos problemas.⁴¹

Para intentar hacer algo más que modernizar las formas de la subordinación a los países más avanzados es preciso afrontar no sólo la persistencia del fenómeno de la dependencia -tema más bien olvidado en los textos cepalinos- sino también su transformación. Y en ésta, que por cierto no ha eliminado facetas tradicionales como la militar o la financiera, las dimensiones ambientales y tecnológicas han cobrado peso notorio. Asistimos a "las batallas por la redistribución de los riesgos civilizatorios".⁴² Paralelamente,

Sociedad Nº122, 1992, pág.60 y 66. Allí se muestra (pág.64-65) que: "El Sur ha perdido importancia en las últimas décadas como objeto de interés económico del Norte. Esa pérdida abarca todos sus roles clásicos como el fuente de materia prima, b) mercado importador y c) como plaza adecuada para la inversión de capitales".

⁴¹ Al respecto es muy elocuente el artículo de Osvaldo Sunkel, "La consolidación de la democracia y el desarrollo en Chile", en la Revista de la CEPAL, Nº47, 1992.

⁴² Mímora, citado, pág.60.

es cada vez más notoria la estrecha correlación entre la distribución de la riqueza de las naciones y la capacidad científico-tecnológica de cada una de ellas. Se configuran en este ámbito zonas de dependencia que inciden en otros, como los ya mencionados, y cuyo peso tiende a incrementarse en paralelo con la gravitación de la técnica en la economía y en la vida toda. Por ello no se puede olvidar que el desarrollo de la investigación propia y de alto nivel es requisito ineludible para afrontar con perspectivas de éxito las diversas facetas incluidas en un proceso de incorporación de tecnología adecuada a las propias necesidades.⁴³

Una sociedad que, en plena época de mutación tecnológica, se sienta incapaz de participar en ella creativamente, derivará por trayectorias ingratas. Tal vez opte por el rechazo global y oscurantista a los cambios. O puede sumirse en el descreimiento generalizado acerca de sus posibilidades, en la desvalorización de sus especificidades históricas y culturales, en la duda acerca de su identidad en tanto proceso desplegado hacia el pasado y hacia el futuro. En la incorporación de progreso técnico y en sus relaciones con la innovación como proceso pluridimensional, encontramos uno de los terrenos en los que se juega la autonomía cultural y la identidad de una nación o de una región.

En América latina la diáspora generada por las dictaduras ha estrechado vínculos varios, particularmente entre las comunidades de investigadores. Como lo sugieren numerosos ejemplos de fructífera colaboración en marcha, ello constituye un punto de apoyo para el desarrollo de políticas tecnológicas a escala regional, las que pueden tener un alcance y un impacto productivo muy poco probables si su marco se



restringe al de un solo país, aun de los de mayor tamaño.

Todos los ejemplos recientes de dinamización productiva enseñan que tendrán escasas probabilidades de éxito estrategias que no incluyan importantes cuotas de originalidad y de especificidad. Lo dicho es particularmente válido en países como los nuestros, que deben afrontar los rápidos incrementos recientes de las "deudas internas" respecto de sus mayorías carentes en un período en el cual las mutaciones técnico-productivas tienden a profundizar el foso que los separa de las naciones más avanzadas, al tiempo que se agravan los problemas ecológicos.

La nueva dinámica industrializadora debe tener una fundamental dimensión "hacia afuera"; la dinamización exportadora es imprescindible para no seguir avanzando por el camino que lleva a tantas regiones del Tercer Mundo de la dependencia a la marginalización. Pero la innovación tiene que ser bastante más global. Pues en caso contrario la reinscripción externa

tendrá carácter altamente dependiente e irá de la mano con el agravamiento de la marginalización interna.

Innovación y confluencia de actores, dentro y fuera del Estado

Construir estrategias para un crecimiento de nuevo tipo exige repensar las relaciones entre la política y la innovación, en sus diversos ámbitos. En algunas de las fuerzas de izquierda más gravitantes de la región se plantea hoy una paralizante disyuntiva entre reafirmar el viejo programa propio y rectificarlo para posibilitar alianzas, cuando el verdadero reto pasa por encontrar nuevas formas para construir nuevos programas.

Para ello son insoslayables algunos referentes. Toda economía moderna dotada de algún dinamismo sustentable es, y no podrá sino ser, una economía mixta. La preservación de ciertos equilibrios macroeconómicos es necesaria, en particular para que las agitaciones de la coyuntura no dominen todo el escenario. Data ya de tiempo atrás la revaloración del mercado

⁴³ En este tema, el pensamiento progresista latinoamericano ha realizado contribuciones sustantivas. Una obra de referencia al respecto es la de Jorge Sábato -pionero en el tema- y Michael Mackenzie, *La producción de tecnología. Antecedentes y transición*, Ed. Nueva Imagen, México, 1982.

desde perspectivas progresistas. Pero no se puede olvidar una lección de toda la historia del desarrollo desde la Revolución Industrial: ninguna trayectoria iniciada desde el atraso, incluso relativamente pequeño, tuvo éxito si hizo del mercado el criterio esencial de asignación de recursos a largo plazo. Este es el *quid* de la cuestión; su centralidad no ha sido sino realzada por la creciente importancia de la capacitación, la investigación y la preservación ambiental.

Las desigualdades y carencias de la sociedad, las diversas "externalidades" de la economía, los factores del desarrollo a largo plazo, no exigen menor sino mayor atención del sector público en cualquier parte del planeta. De ahí la urgencia de revisar competencias y desempeños de aparatos estatales que, en nuestro continente, más que articulaciones de piezas suelen ser aglomeraciones de partes, muchas de las cuales

Los partidos de izquierda se han visto grandemente condicionados por el "todo político", que no poco ha contribuido a la decadencia de la izquierda y de la política. No debieran soslayar la reconsideración de su propio papel de cara al futuro.

operan bajo la bandera nacional su colonización por intereses particulares. Pero las reformas estatales dictadas desde los vértices -inevitablemente lentas, esquemáticas y formalistas- han dado frutos pobres. Estos sirven de pretexto a las actuales políticas de desmantelamiento del sector público, que son simplemente suicidas desde el punto de vista de los intereses nacionales. Luego, la reforma del Estado es una de las principales asignaturas pendientes del continente. ¿Qué se puede aportar desde la izquierda a ella?

El punto de partida no puede sino ser la revaloración del rol del funcionario público, a sus propios ojos y ante la comunidad. Ello ha de ser causa y consecuencia, a la vez, de un proceso que cambie la ubicación actual del ciudadano ante el aparato estatal, al que siente lejano, insensible y arbitrario y

frente al cual se encuentra hoy escasamente protegido. Sólo así se podrá hacer del sector público un gran promotor del accionar de la sociedad civil.⁴⁴ Por otro lado, dado que la mayor eficiencia estatal interesa primordialmente a la población en su conjunto, sus demandas y su involucramiento son elementos centrales de la reforma. Esta deberá pues sustentarse en el interés material y moral de ciertos colectivos de funcionarios, y en su capacidad para traducir ágilmente demandas cí-

vicas en propuestas específicas de cambios, que conengan al colectivo y que la impulsa y resulten en una mayor eficiencia global. Urge articular, estimular y difundir las embryonarias experiencias innovadoras, que se producen frecuentemente por iniciativa de grupos de funcionarios, a menudo como respuesta a reclamos de sectores ciudadanos.

Ahora bien, la renovación deberá desbordar los marcos estatales, profundizando la bienvenida revaloración de las libertades públicas, el pluralismo y la democracia, pero también superando la disyuntiva entre la reafirmación de las posturas hiperestatalistas tradicionales y la rectificación que acepta una limitación grande de lo realizable en el ámbito estatal pero no deja de concebir a éste como el espacio privilegiado para el accionar de las izquierdas.

La segunda alternativa se presenta a menudo como una opción por la

⁴⁴ "Ello requiere una administración pública fundada en modelos de interacción abiertos, basados en la participación de los funcionarios, y reproductores de los principios básicos de la democracia. Dichos modelos son... los que de acuerdo a las conclusiones modernas de la investigación operacional, tienen mayores chances de productividad". (Bernardo Kiksborg, *¿Cómo transformar al Estado? Más allá de mitos y dogmas*, México, FCE, 1989, pág. 34).

socialdemocracia. Pero ésta -en las formas que adoptó al hacerse keynesiana y desarrolló en la Europa de la II guerra- poco tiene para ofrecer en un continente donde son escasas las posibilidades de elevar sustantivamente los niveles de vida a partir de la redistribución desde el Estado.⁴⁵

A esta altura, en la propia Europa el panorama de la socialdemocracia se oscurece rápidamente. Su creciente limitación a lo gubernamental-partidario y su paralelo decrecimiento de las transformaciones sociales desde la radicalización de la democracia, tiende a convertir a varias de sus organizaciones en "partidos de ocupación del poder", las hace inmoderadamente aluge de la corrupción y las convierte en parte saliente de esa partidocracia cuyo rechazo por tanta gente deja grandes espacios a los demagogos de la "antipolítica".

En este tiempo, y particularmente en esta región, los desafíos son tales que el realismo impone apuestas vastas y diversificadas. Ello pasa por una renovación profunda del "sentido común" generalmente aceptado. Así, por ejemplo, la dinamización de la empresa -cualquiera sea su régimen de propiedad- requiere una presencia creciente, en las decisiones y en las innovaciones, del actor constituido por el colectivo de los trabajadores. No hay aquí mayor margen para visiones idilicas: la concertación es tan necesaria como inevitable es el enfrentamiento. Este sigue siendo necesario para que la riqueza generada no signifique la postergación e incluso la miseria de muchos de los que la producen o hasta su muerte por sobretabajo -en la Inglaterra victoriana o el Japón contemporáneo-.

Paralelamente, la modernización de la gestión -que incluye la redistribución del poder- sólo podrá ser impulsada por trabajadores con capacidad de iniciativa, la cual requiere disposición de lucha. Para que la empresa sea efectivamente terreno de colaboración no

⁴⁵ Ello se ve confirmado por el panorama que presenta Jorge Castañeda en "América Latina y la socialdemocracia", *Leviatán* 48, 1992.

puede dejar de ser arena de conflictos.

Por otra parte, el rendimiento real de la empresa depende fundamentalmente de la cultura de su medio ambiente, y de sus intercambios con éste, de los saberes y apoyos varios que obtiene y del balance de su producción, la cual incluye bienes, servicios y desgastes diversos, ocupación para algunos y desocupación para otros. Ella constituye pues un marco demasiado reducido para la evaluación social de pérdidas y ganancias. Por ejemplo, cuando el ingreso al empleo se torna en prerequisite para acceder a los bienes generados ayer y hoy por los seres humanos, ¿cuál es el cálculo realista de costos que no tiene en cuenta a los que quedan afuera, a lo que ellos podrán haber hecho y a lo que efectivamente harán? El marco mínimo para analizar el potencial para generar la riqueza de las naciones es el "sistema nacional de innovación". El potencial renovador de las izquierdas se mide primordialmente por su capacidad de impulsar la conformación y articulación de actores dinámicos en el contexto de tal "sistema".

Un enfoque que no reivindica un modelo ni privilegia un ámbito parcial del accionar colectivo, sino más bien la síntesis de experiencias eficientes de innovación solidaria, no puede ejemplificar balanceadamente a escala de un continente y de la diversidad de la sociedad latinoamericana en no más de sesenta páginas. Pero las pistas que sugieren rumbos no son pocas. Evolucionen telegráficamente algunas.

El surgimiento de diversos actores "socioambientales" apunta a formas de producción "naturales", cuya demanda crecerá, y a la generación de tecnologías vinculadas. Se liga particularmente en México -⁴⁶ con movimientos indígenas y con la búsqueda de alternativas ante la crisis. Estas han surgido en diversos lugares - se tratan por



ejemplo en el auge de la construcción de viviendas cooperativas a partir de la ayuda mutua y en la generación de empresas de nuevo tipo. A veces han constituido respuestas colectivas muy dinámicas a catástrofes naturales, como la Cooperativa "4 Pinos", de Guatemala.⁴⁷ Incluyen experiencias de organización de la convivencia tan notables como la de Villa El Salvador en Perú.⁴⁸ Ciertas experiencias de innovación han llegado a generar grandes confluencias de actores sociales, como la que indujo la política de la "reserva de mercado" para la informática brasileña,⁴⁹ cuando

⁴⁷ CEPAL, "Transformación productiva con equidad", (1990) incluye una breve mención (pág. 137) a esta muy relevante experiencia.

⁴⁸ Véase los trabajos de Carlos Franco y Gastón Antonio Zapata en Bernardo Kiksborg (comp.), *¿Cómo enfrentar la pobreza?*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1992.

⁴⁹ Véase el trabajo de María Inés Bastos,

la gente ganó la calle para defender una opción nacional de desarrollo tecnológico.

Las transformaciones técnico-productivas en curso a escala mundial apuntan al desdibujamiento de varios actores sociales, pero continúan en germen la emergencia de ciertos nuevos actores y la reconversión de algunos de los surgidos en ciclos precedentes. Por ejemplo, en el mundo de la investigación se insinúan dinámicas colectivas, vinculadas a la gran tradición de la "responsabilidad social de los científicos", que se orientan a la democratización del progreso técnico. Ellas se hacen visibles, en distintos puntos de la región, a través de una colaboración con los sindicatos que puede ayudarlos a reubicarse ante los desafíos del desarrollo. Procesos diversos de ese tipo sugieren que quizás estemos asistiendo a la conformación de una nueva

intelligentsia, definida por la intención de construir a diversos niveles variadas alternativas a las que son propias del orden vigente. Revertería así una de las grandes tradiciones latinoamericanas.⁵⁰

Grandes actores nuevos son los movimientos por los derechos humanos. A escala mundial, cuando resurge el chauvinismo, son impulsores mayores de un nuevo internacionalismo. Su modernidad organizativa es muy sugerente en varios sentidos, que incluyen

la flexibilidad de sus formas de acción y el carácter "biodegradable" de algunas de ellas, las que ofrecen marcos para una participación que no quiere elevarse ni terminar al servicio de pequeños aparatos. En el Uruguay, por ejemplo, una gran confluencia de ese tipo, que se disolvió tras el referéndum que promovió, constituyó el precedente originario de un exitoso movimiento de oposición a una ley de privatizaciones con impronta neoliberal, la que fue derogada por el voto popular en diciembre de 1992.

State policies and private interests. The struggle over information technology in Brazil, capítulo 9. "Hi-tech for industrial development", H. Schmitz & J. Cassilato (eds.), Routledge, Londres, 1992.

⁵⁰ "Los años 20 se caracterizan por una movilización inédita de los sectores medios en contra de las formas políticas de la dominación oligárquica, pero también por un resurgimiento y generalizado movimiento de reforma intelectual y moral de las sociedades: la Reforma Universitaria, que nacida en Córdoba se expande por todo el continente. En el interior de este vasto movimiento latinoamericano, la organización de las capas letradas progresistas de nuestras sociedades se produce en fenómeno apreciable a lo ocurrido en Rusia desde mediados del siglo pasado. La formación de una suerte de intelligentsia que se define más en términos de autonomía intelectual que frente al orden vigente que por su extracción de clase y por categorías puramente profesionales". (J. Arié, "1917 y América Latina", citada, pág. 134).

La "década perdida" en América latina fue también la de la eclosión del gran potencial democratizador de la sociedad civil. Esta mostró su capacidad para la defensa de los derechos humanos, sociales, ambientales. Y adquirió competencias nuevas, en la organización de la convivencia, la atención a las necesidades básicas, el desarrollo de la producción. Allí están los gérmenes de la innovación solidaria que podrían permitirnos hablar mañana de una década ganada.

La reconversión de la política

Estamos hablando de apuestas a largo plazo. Esta es la dimensión a privilegiar, por todo lo que se la ha desatendido durante demasiado tiempo y porque sólo en ella son viables transformaciones de envergadura. Pero el corto plazo impone sus urgencias, en las que se hacen presentes aspiraciones acrecentadas, reivindicaciones postergadas e injusticias acumuladas.⁵¹

¿Puede la política democrática ser otra cosa que la yuxtaposición, siempre insatisfactoria frecuentemente explotiva, de perentorios reclamos sectoriales a menudo impostergables, cuya sumatoria hunde los cimientos de las apuestas a largo plazo? Si la respuesta tiende a ser negativa, asistiríamos probablemente a nuevas variantes del ciclo del populismo con estancamiento, salpicadas incluso por creciente violencia. ¿Qué hace pues la diferencia entre la proliferación de reclamos sectoriales, la fragmentación corporativa y las derivas populistas, por un lado, y por otro la dinámica de los actores

sociales cuya confluencia puede protagonizar una "transformación productiva con equidad"? A este respecto, el papel de los partidos políticos parece difícilmente sustituible.

Pero es imposible ignorar el auge de las lógicas *catch all* en los mundos partidarios o sus perniciosas consecuencias a la hora de intentar gobernar con un mínimo de coherencia. Exagerando apenas quizá, podría decirse que la heterogeneidad de intereses -"espacial", pero también "temporal", dada la velocidad con que puede variar la situación de mucha gente- ha llegado a un punto en el cual un partido político no puede permitirse levantar una plataforma mínimamente coherente y factible, a riesgo de condenarse a la marginalidad. Pero los partidos *catch all* pueden ser máquinas para ganar elecciones, no instrumentos para gobernar.

En cierto sentido, asistimos a una dinámica perversa que se refuerza a sí misma: partidos cada vez más parecidos tienen que distinguirse ante una opinión pública que les presta una atención decreciente, por lo cual deben esquematizar sus planteos, magnificar sus promesas y exagerar sus diferencias, todo lo cual profundiza el foso entre lo que se dice y lo que se puede hacer, dificultando a su vez el distinguir entre los partidos y facilitando el descreer de todos ellos. Objetivamente, más allá de buenas intenciones, actúa una tendencia al aumento de la demagogia, que se retroalimenta con la eficiencia decreciente de la política.

La política es lucha por parcelas de poder, presiones públicas e influencia en las decisiones gubernamentales. En condiciones democráticas constituye una competencia relativamente legitimada por la selección de los elencos gubernamentales -vale decir, la elección por todos de quienes han de decidir en nombre de todos-, competencia que tiene lugar en un terreno en el cual resultan fundamentales el manejo de los medios y la disponibilidad de recursos.

La dinámica de las sociedades contemporáneas no autoriza mayores opti-

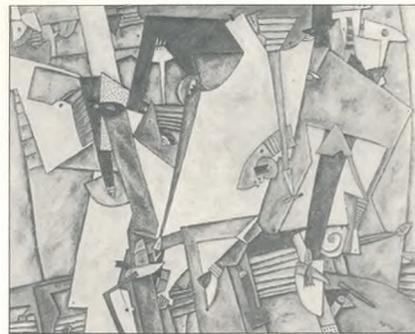
mismos en torno al mejoramiento cualitativo, en el sentido de una democratización mayor, de semejante sistema cuyos defectos son notorios y cuyas virtudes se hicieron tan evidentes cuando su funcionamiento fue interrumpido.

América latina se recupera a duras penas de los fracasos revolucionarios y de los horrores represivos. Vive precariamente el místico encanto de una democratización escasa. No se trata de sugerir siquiera la abolición de aquella "política real" ni el remplazo de la "democracia formal", que es el régimen político donde menor resulta la vulneración de libertades y derechos. La cuestión es otra.

Se trata de saber si, además de sus dimensiones reconocidas, la política puede tener otras, cuyo despliegue tenga lugar a partir de su propio devenir conflictivo: "la lucha política es siempre también una lucha por definir lo que es la política".⁵²

Resulta pues fundamental determinar si los partidos políticos no pueden sino ser esencialmente "correas de transmisión" -de intereses constituidos, reclamos sectoriales y presiones corporativas- o si, por el contrario, son o serán en ciertos casos capaces de constituirse en grandes factores de síntesis. Esto último supondría el desempeño de un rol genuinamente articulador, susceptible de contribuir a la forja de grandes voluntades colectivas a partir de elementos históricos y sociales distintos, que no dejan de ser diversos aunque lleguen a integrarse -conflictivamente-, precaria pero durablemente- en un proyecto, o haz de proyectos, de envergadura y largo aliento.

Ahora bien, si como creemos se vive, en la evolución histórica de las izquierdas, el fin de una larga etapa caracterizada aun en su abigarrada diversidad por la centralidad atribuida al Estado en tanto herramienta del cambio social, no es de extrañar que las organizaciones en las cuales se encarnan



no esa centralidad padecieran una aguda crisis. Los partidos de izquierda, de una u otra manera, se han visto grandemente condicionados por el "todo política" que no poco ha contribuido a la decadencia de la izquierda y de la política. No deberían soslayar la reconsideración de su propio papel de cara al futuro. Urge, en particular, analizar cuál es la especificidad de un "partido socialista" tras el cauce del "socialismo de Estado".

En cualquier caso, "asociaciones voluntarias de individuos que se reúnen para deliberar sobre los fines sociales y sobre el futuro"⁵³ parecen imprescindibles para dar vida en términos contemporáneos al proyecto clásico de encarar, desde la larazón y la comunicación entre los seres humanos, las incertidumbres del devenir.

Agrupaciones de esa índole tendrían que constituir al menos de los ámbitos de síntesis que reclama la pluralidad de las lógicas sociales. Ellas sólo pueden nacer y vivir desde lugares y tareas que trascurren en diversos espacios públicos, y en la medida en que aporten a su enriquecimiento y articu-

lación, sin minimizarlas ni pretender hegemonizarlas. Puede convenir pensarlas como "catalizadores", factores que ni dirigen una reacción en la que tiene lugar una innovación ni sustituyen a sus elementos constitutivos, pero favorecen su interacción y pueden acelerarla. No podrán sino tener rasgos muy variados. ¿Surgirán en la renovación de los partidos, desde partidos de nuevo tipo o al influjo de un nuevo tipo de organizaciones? Brotarán eventualmente dentro o fuera de los moldes existentes, pero no deberían apuntar a sustituirlos.

Quizá se constituyan agrupamientos a mitad de camino entre "partidos" y "ONGs". Estas últimas pueden ofrecer también desde este ángulo riquísimas sugerencias. La crisis de las propuestas socialistas, y de los partidos que las han encarnado, ha avanzado junto con la del internacionalismo, que constituyera una de las más valiosas aspiraciones de ciertas izquierdas. Pero un nuevo internacionalismo ha surgido en movimientos diversos, particularmente los vinculados a la defensa de los derechos humanos. Actuando en ellos, no pocos militantes de izquierda se emanciparon de su dependencia a tal o cual estructura partidaria y/o estatal.

Así deviene posible lo que es im-

⁵³ Eso son los partidos según Tomás Moulian (en *La modernización de la política*, citada).

⁵² Norbert Lechner, "La conflictividad nunca acabada construcción del orden deseado", FLACSO, Chile, 1984, pág. 13.

prescindible: ensayar, junto a los tipos organizativos conocidos, formas de "izquierda no gubernamental" -ni "anti" ni "pre"- . Tal vez tales agrupamientos tengafrecuentemente un carácter "biodegradable", apuntando desde su fundación a cumplir un ciclo relativamente extenso pero descartando explícitamente la pretensión de permanencia. En tal caso, las definirán ciertas tareas vinculadas no a objetivos inmediatos o reivindicativos, ni a metas de las denominadas finalistas, sino a proyectos de alcance intermedio. De este tipo de proyectos es que precisa la revitalización de la política.

A la política le corresponde poner en evidencia los senderos de avance que las diversas prácticas sociales van dibujando, anticipar los peligros y las oportunidades que nos esperan en el camino, forjar los símbolos en los que pueda reconocerse la voluntad colectiva.

En este respecto, la experiencia reciente puede resultar muy sugerente. En efecto, en plena "década perdida", con su inmensa cuota de frustraciones, un gran "proyecto" revitalizó a la política en no pocos países del continente: el propósito mayor de la reconquista de la institucionalidad democrática. Esta inspiró búque-

con la política y su decadencia; esto último requiere, además, que la democracia evidencie una real capacidad de innovación. Y esa capacidad la mostró la política construyendo de mil maneras y en distintos países, explícita o más bien implícitamente, verdaderos pactos para la institucionalización.³⁵

Pues bien, en esta perspectiva cabe hablar de pacto o confluencia para la innovación solidaria en una segunda etapa de la democratización latinoamericana. Y también de síntesis, lo cual realza la diversidad de experiencias a conjugar y destaca el papel específico de la política. En la América latina de los 90 una clave para la revitalización de la política radica en su nuevo papel en relación con el desarrollo.³⁶ La experiencia chilena resulta especialmente sugerente para analizar las dificultades y posibilidades de que una concertación para la democracia llegue a serlo también para un nuevo desarrollo.

Para afianzarse, la democracia necesita profundizarse, lo cual luce problemático vistas las formas del desa-

³⁵ "La única metáfora fundadora de un orden político democrático a la altura de la diversidad de los proyectos que en un estado constituyente la crisis, es la clásica: la del pacto. En esta dirección la democracia se coloca, rigurosamente, como una utopía. Pero no como una utopía de sociedad perfecta, transparente, sino como una utopía de conflictos, de tensiones y reglas para procesarlos" (J.C. Portantiero, citado, pág. 157).

³⁶ Recordemos que: "Alrededor del problema de las formas y de las opciones del desarrollo se produce en los años 20 un debate en el que fueron planteados los grandes temas del movimiento social latinoamericano. Un debate que, por su temporalidad, permanecerá casi inmodificado hasta la desintegración del Estado de compromiso populista en los años 80" (J. Arié, "1917 y América Latina", citado, pág. 135). En los 90 nuevas opciones son insoslayables, por lo cual urge replantear los temas nucleares del "movimiento social latinoamericano".

rollo, y de la falta de desarrollo, que tienden a prevalecer en la región. El desafío es precisamente el de conjugar diversos aspectos de la pluralidad irreducible de la sociedad de modo tal que ella vivifique nuevos ciclos de crecimiento. La reconversión productiva que precisa América latina requiere a su vez de una profunda reconversión de la política. Y aquella puede inducir ésta.

Fin de siglo al sur del Río Grande

El continente de lo real maravilloso no ha sido incapaz de generar innovaciones políticas de gran impacto. Lo fueron la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana. También lo fue la dinamización teórica y práctica alumbrada por la Reforma Universitaria, movimiento signado por la convicción acerca de la singularidad latinoamericana. Sigue viva una de las mayores invenciones ético-políticas de América latina: la irrupción de un cristianismo de base como movimiento masivo de cuestionamiento a las estructuras de dominación social y de reivindicación de alternativas a la modernización en curso.³⁷

En una reivindicación de esa índole pueden darse cita corrientes de izquierda y progresistas de muy diversas vertientes. A primera vista, sin embargo, no se trata más que de un encuentro en el rechazo: el clima de la posmodernidad congelaría el crecimiento de toda alternativa con inspiración socialista y colectiva. Semejante tesitura pesimista constituye la clave de bóveda de lo que hemos descrito como el "escenario tendencial" de América latina. Pero este edificio no carece de fisuras.

Ante todo, la posmodernidad puede legítimamente ser vista como desencanto con la modernización y con la primacía de la razón instrumental, más que con la modernidad en sí misma.³⁸

³⁷ Leonardo Boff, *Teología del cautiverio y de la liberación*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1978.

³⁸ Norbert Lechner, *Los patios interiores de*

Esa modernización ha cobrado en los últimos años nuevo y formidable ímpetu, proveniente de los impulsos conjugados de la nueva mutación técnico-productiva, de las penurias del Estado de bienestar, del fracaso de tantos regímenes "estatistas", del retroceso general de las izquierdas. Paradójicamente, en plena era del pluralismo posmoderno, una creencia monista se afirma orgullosa: modernización no habrá más que una.

Sus costos materiales y espirituales adquieren también visibilidad creciente. La racionalidad instrumental y parcelada agrede al ambiente y a la convivencia, ensombreciendo las perspectivas de futuro aun de los mejor ubicados en la siempre despareja distribución de bienes y posibilidades. Las rentabilidades suscitadas por las lógicas de alcance reducido -en términos de plazos, espacios, número de beneficiarios- suelen resultar crecientemente irracionales vistas en marcos algo más amplios. Pero ello no hará sino acentuar las conductas sectoriales inducidas por las racionalidades fragmentadas, salvo que se manifiesten objetivamente viables y deseables otras alternativas.

Pues bien, las dinámicas profundas de la sociedad contemporánea difícilmente tengan consecuencias de un solo color. Ellas han potenciado esa modernización que desencanta incluso a quienes mejor trata. Pero también parecen abrir resquicios por los cuales otros estilos de modernización pudieran infiltrarse en la historia. Los cambios en curso no sólo propulsan la mercantilización de la vida entera, la burocratización impersonal de las relaciones humanas, la segmentación y la desigualdad; también abren posibilidades nuevas para lógicas colectivas, para que formas varias de la democracia rimen con eficacia.

Las izquierdas han debido resignarse a que el futuro no les está garantizado. Deben aprender que tampoco

la democracia. *Subjetividad política*, citado, págs. 168-169.



está negado. Su porvenir dependerá de la medida en que sepan colaborar para que diversas modalidades de la innovación solidaria tomen cuerpo hasta configurar, en varios sentidos, alternativas más eficientes a la modernización dominante. Ello exige invenciones colectivas, para lo cual América latina es tierra propicia. Este es un continente joven, más de la mitad de su población tiene menos de 25 años; reclama proyectos a tono con sus energías, sus tradiciones solidarias y su personalidad propia.

¿Viviremos nuevas etapas y modalidades nuevas de activación popular en la batalla social por otra modernización, más auténtica y más equitativa? La escena permite visuarizar ciertos gérmenes de hipotéticos escenarios alternativos y asimismo el peso aplastante del escenario tendencial.

Pero nada logra hundir la capacidad latinoamericana para inventar sorpresas y símbolos. En estos días ella ha vuelto a evidenciarse en Guatemala, memoria de la América precolombina, esperanza de regeneración continental a medidos de este siglo, herida abierta en nuestra conciencia desde entonces. Allí, la nueva serie golpista que amenaza extenderse por la región ha sido bloqueada por la respuesta de la socie-

dad civil. La gente ha vuelto a la calle. La encabezó, quinientos años después del inicio de la conquista, una mujer india adalid de los derechos humanos, consigna hoy más moderna que nunca.

Si: "el problema a resolver es de qué modo queremos los latinoamericanos ser modernos".³⁹ Por ello el porvenir de nuestro continente dependerá grandemente de un encuentro que está pendiente: el de sus riquísimas y polifacéticas dinámicas grupales de base con proyectos de desarrollo ajustados a las nuevas realidades de la producción y la comunicación. En el fondo, aquí no hemos dicho sino que ese encuentro es posible.

Indicios alentadores se encuentran sin duda a lo largo y a lo ancho del continente. Muestran que diversos tipos de relacionamiento del sector público con trabajadores, empresarios, cooperativistas, técnicos, científicos, educadores y activistas sociales pueden generar círculos virtuosos de aprendizaje e interacción eficiente. Ya se puede descubrirlos en la reconversión de la producción, la renovación de la vida cotidiana, la revitalización de la educación o la reforma del Estado,

³⁹ Frase final del artículo de J. Arié, "1917 y América Latina", citado, pág. 142.

entre otros ámbitos. La práctica política no puede inventarlos ni debe dirigirlos. Pero ella es imprescindible para que esos círculos virtuosos crezcan y se multipliquen. Tiene que propiciar su surgimiento, informando y fomentando encuentros de actores; respaldar su crecimiento; difundir sus experiencias; articular sus esfuerzos. Le toca ser en algún sentido tanto el catalizador de los procesos innovadores como el integrador de sus resultados en una suerte de gran rompecabezas: el crecimiento autosostenido.

En el diálogo democrático de la sociedad consigo misma, a la política le corresponde poner en evidencia los senderos de avance que las diversas prácticas sociales van dibujando, anticipar los peligros y las oportunidades que nos esperan en el camino, forjar los símbolos en los que pueda reconocerse la voluntad colectiva, emitir los mensajes que resuman las grandes opciones.

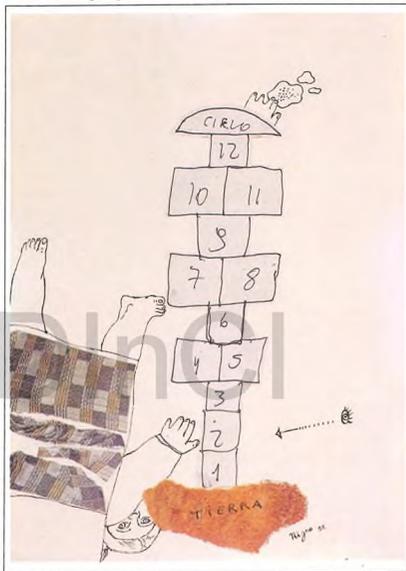
Ante los desafíos de la innovación, desde las memorias y vivencias que constituyen lo mejor de la identidad colectiva, la política ha de dibujar las tareas y las luchas que tenemos por delante. Vale decir, debe resolver el problema cardinal que es forjar la renovación con los metales nobles de la tradición.

¿Es viable una política para la innovación? Ha llegado a ser posible -sin dejar de ser improbable- que la equidad y la solidaridad devengan claves eficientes de transformación productiva y de modernización. Pero el "sentido común", la formación prevaleciente, los valores dominantes y las políticas corrientes han quedado por detrás de las nuevas realidades y posibilidades. Así se configuran los desafíos que la izquierda ha de afrontar.

La magnitud de los problemas a resolver no debería ser exagerada. Al final de este siglo latinoamericano, el resumen del realismo sin miopía vuelve a encontrarse donde lo ubicaba a comienzos del anterior Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: o inventamos o erramos. Los escenarios alterna-

tivos son improbables porque exigen inventar colectivamente. Semejantes invenciones son, casi por definición, acontecimientos poco probables. Pero

se suceden a lo largo de la historia, alterando una y otra vez las tendencias dominantes. □



• Rodrigo Arocena

Nació en 1947; es militante de la izquierda uruguaya desde 1965. En 1968 fue co-presidente de la Convención de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay y su Secretario de Relaciones Sindicales. Adhirió al Frente Amplio desde su surgimiento. Exiliado en Venezuela, allí se doctoró en Matemática y en Estudios del Desarrollo y fue docente universitario. Actualmente es profesor titular de Matemática y de Ciencia y Desarrollo, en la Facultad de Ciencias de Montevideo. Ha colaborado con *Cuadernos de Marcha*, *Brecha*, *Nueva Sociedad*, *La República* y otras publicaciones. Es autor de *La crisis del socialismo de Estado y más allá* (Editorial Trilce, Montevideo, 1991).